



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

SENTIR PARA DESNATURALIZAR EL ESPACIO

Experiencias de mujeres lesbianas en Bogotá

Paula Fernanda Sandoval Páez

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia
2017

SENTIR PARA DESNATURALIZAR EL ESPACIO

Experiencias de mujeres lesbianas en Bogotá

Paula Fernanda Sandoval Páez

Tesis de investigación presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magíster en estudios de género

Directora:
Doctora Gloria Garay Ariza

Línea de Investigación:
Biopolítica y sexualidades

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia
2017

A Paula.

Para nunca más tener miedo.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer inmensamente a cada una de las mujeres que decidió y aceptó compartir conmigo sus recuerdos, conocimientos y experiencias; los grupos y las conversaciones con ustedes no solamente alimentaron mi proceso investigativo, sino que me llenaron de motivos y fuerzas para seguir pensando e imaginando un mundo distinto.

A Mayra por el apoyo y ánimo para continuar, y a Claudia por la paciencia y las horas de dedicación.

A la profesora Gloria por su disposición, por su inmenso aporte a la investigación, por la lectura y relectura, por los comentarios siempre acertados y su compañía permanente en este proceso.

A Leidy, por tanta, tanta disposición, recomendaciones, apoyo, ánimo, aliento, compañía, comentarios, y por el amor.

A mi familia por el apoyo, el soporte siempre constante e incondicional con este proceso, raro para ellas y ellos.

Y a todas las personas que se pasaron por mi vida para aportar a esta tesis, cada momento alimentó este escrito de maneras que no pude predecir.

Resumen

Las experiencias de mujeres lesbianas en Bogotá, exploradas desde las posibilidades que ofrecen las emociones y el sentir, en su articulación con las construcciones espaciales, la sexualidad y de las relaciones de género, se presenta como el eje de esta investigación. Así, desde un análisis y apuesta feminista, quien escribe da lugar a la mutua constitución entre la calle y las mujeres lesbianas que hicieron parte de este proceso investigativo, entendiendo sus particularidades y sentires como la clave.

Palabras clave: mujeres, mujeres lesbianas, espacio, emociones.

Abstract

The experiences of lesbian women in Bogota, explored from the possibilities offered by emotions and feelings, in their articulation with spatial constructions, sexuality and gender relations, are presented as the axis of this research. Thus, from a feminist analysis and bet, who writes places the mutual constitution between the street and the lesbian women who were part of this investigative process, understanding their particularities and feelings as the key.

Keywords: women, lesbian women, space, emotions.

Contenido

Introducción	7
El paso a paso	9
1. Capítulo 1 Referencias y contexto	15
1.1. Referentes teóricos.	16
1.2. Referentes sobre el espacio.	19
1.3. ¿Por qué el espacio importa?	22
1.4. El espacio es heterosexual.	24
1.5. La emoción en el espacio.	26
1.6. Vigilancia.	27
2. Capítulo 2 Mi lectura espacial	31
2.1. Ubicando	34
2.2. Las difíciles casillas de lo femenino y lo masculino	37
2.3. El taxi	40
2.4. Sobre lo público y lo privado	44
2.5. Las zonas seguras y las inseguras	47
3. Capítulo 3 Reacción y emoción. Las posibilidades	51
3.1. Mirar	52
3.2. Sentir	53
3.3. Paranoia	59
3.4. Las reacciones	60
3.5. Lo inesperado	64
4. Conclusiones	67
Bibliografía	69

Introducción

El punto más exacto que logro encontrar es el surgimiento de una sensación. Sí, una que he tenido tantas veces cuando salgo a la calle y quiero tomar de la mano a mi pareja mujer, o tal vez la quiero abrazar o dar un beso y dejo de hacerlo, ¿Por qué? Porque me da miedo, me da miedo que me griten cosas, me da miedo que nos hagan algo, me da miedo que se nos acerquen mucho a decirnos lo que se les ocurra, me da miedo que nos echen del Transmilenio, me da miedo esas miradas agudas y hasta punzantes; porque nos ha pasado, me ha pasado y no quisiera, en ningún escenario, repetir alguna de las malas situaciones. Este cúmulo de sensaciones fue el germen para plantear el proyecto de inicio de la maestría, el desarrollo de esta tesis y su justificación; continúo de esta manera con este escrito como un ejercicio de reflexión catártica, empiezo a indagar sobre esa sensación y las posibilidades de resolverla. Surgen entonces algunas dudas, pienso que estoy dejando de hacer eso que quiero por alguna razón, ¿Será paranoia? ¿Será que veo mucha televisión? ¿Tantas series online están haciendo esto en mi mente? ¿Las historias de mis amigas y sus amigas las mal interpreto? No sé, pero voy llegando a lo que puede ser una primera respuesta, que en principio ubica sólo mi reacción, y en la que encuentro que ese dejar de “hacer cosas” se convierte en una manera de normalizarme, de resultar cómoda para los demás. Sin embargo, el momento de las respuestas o el análisis vendrán más adelante, por ahora estoy digiriendo la sensación.

Con esta introspección llega otro punto que ayudaría a resolver las dudas: lograr ver el otro lado; pensar en la sensación más allá de un asunto privado, y entender en los gritos, los chillidos, los golpes, y las intimidaciones, los significados que circulan con la sensación. Es decir, en el intercambio de significados entre quien intimida y quien es intimidada, que se posibilitan en determinado lugar, hora, compañía, etc., es donde encontraré el paso siguiente para continuar con la escritura.

De esta manera, entiendo la doble vía de los eventos, y la importancia por indagar sobre las situaciones particulares. Esa sensación específicamente relacionada con situaciones ya descritas, en la ciudad tiene que ver en gran medida por la manera como se perciben a las lesbianas en Bogotá; las lesbianas, para el imaginario colectivo heterosexual, se encuentran fuera de las posibilidades de relación erótico-afectiva entre personas; nos incluye únicamente en sus discursos sobre lo anormal, lo enfermo; discursos que emergen y reproducen la construcción de los imaginarios heterosexuales sobre la familia, el amor romántico y único posible, las normas del deseo y del sexo.

Se escuchan en redes y medios de comunicación constantes reproches que aducen por una no naturalidad de esas relaciones, es un escándalo el debate sobre el matrimonio entre parejas del mismo sexo¹, y ni qué decir de la adopción de niños y niñas², son temas

¹ Para un contexto más amplio, revisar: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/corte-constitucional-le-da-el-si-al-matrimonio-igualita-articulo-625841>

de constante discusión. En el país se convocan marchas en rechazo a cualquier tipo de inclusión de este tema en los planteles educativos³; la demanda por los derechos económicos y patrimoniales de las parejas del mismo sexo es siempre un debate público. Si bien, estas discusiones son amplias, y no sólo son las lesbianas el centro del debate, sí hacen parte de él.

Por otro lado, abundan las historias de amigas y de sus redes sobre múltiples agresiones por ser visiblemente lesbianas; mujeres lesbianas golpeadas por el taxista, por ser lesbianas visibles; amigas lesbianas perseguidas en la calle por guardas de seguridad, y sus improperios, por ser lesbianas visibles, ejemplifican el lugar marginal que ocupamos en una ciudad como la nuestra.

Es por este motivo que encuentro relevante, oportuna e importante esta investigación, pues ubica mi experiencia dentro de la trama de relaciones de poder que constituyen la relación con Bogotá, y que forma parte de las experiencias colectivas de las lesbianas en Bogotá. Experiencias que dejan de ser un asunto menor o que a cualquier persona le puede suceder, y encuentra en las particularidades de las situaciones y de estas mujeres, evidencia de cómo se construye, se crea, y se presenta la ciudad desde otros lugares.

Y es justamente en este contexto donde surge la pregunta *¿Cómo opera el régimen heterosexual en las experiencias de intimidación que viven mujeres lesbianas en el espacio público de Bogotá?* que guiará el presente proceso investigativo. En este sentido, el objetivo principal que obedece a la pregunta sería entonces identificar cómo opera el régimen heterosexual en las experiencias de intimidación que viven mujeres lesbianas en el espacio público de Bogotá.

Para lograr cumplir el objetivo general, será importante seguir dos pasos indispensables; en primer lugar indagar sobre las experiencias de intimidación de mujeres lesbianas en el espacio público de Bogotá, en segundo lugar identificar cuáles son las formas de reacción y las emociones que surgen a través de las experiencias de intimidación de mujeres lesbianas en el espacio público de Bogotá, y en tercer lugar, identificar las posibilidades que surgen de esas experiencias.

De manera que, en el primer capítulo la lectora o el lector encontrarán aquellos referentes teóricos y conceptuales que le darán contexto a la investigación, que alimentarán las categorías que se encuentran relacionadas con las observaciones realizadas durante la investigación; es importante mencionar que, aunque el primer capítulo se dedica a esto, durante el cuerpo general de la investigación se desarrollarán otros elementos conceptuales que nutrirán la discusión.

En otro momento, con el segundo capítulo, se abrirá el análisis específico sobre el espacio, los encuentros y desencuentros, la relación con las identidades de género, el establecimiento de zonas seguras e inseguras, las tensiones entre lo público y lo privado, la movilidad de los espacios en la ciudad, y las posibilidades que se generan.

² Para un contexto más amplio, revisar: <http://lasillavacia.com/elblogueo/blog/adopcion-igualitaria-un-debate-socialmente-sensible-pero-juridicamente-sencillo-48472>

³ Para un contexto más amplio, revisar: <http://www.elespectador.com/noticias/bogota/los-temores-detras-de-marcha-familia-articulo-648506>

El tercer capítulo abordará específicamente las emociones y las miradas, dándoles un lugar importante en la relación con la ciudad y con la manera como surgen posibilidades desde el sentir el espacio público de la ciudad de Bogotá.

Y finalmente, se encontrarán con los comentarios finales o conclusiones.

El paso a paso.

Pensar en metodología es seguir acotando el terreno de lo investigado, es centrar la mirada en algo específico, en las particularidades relevantes para el objeto de la investigación y en cómo se llegará a resolver la pregunta que orienta tal objeto. En este caso el foco se va cerrando hacia las particularidades de las experiencias de mujeres lesbianas en el espacio público de Bogotá, para encontrar en nuestras experiencias una de las formas en que opera la heterosexualidad como régimen, y la forma como va cobrando sentido a través del espacio.

Las experiencias son un punto central en la indagación, porque se trata de vivencias que encarnan, que sienten, no pasivamente, las estructuras y significados de lo social. Son las evidencias de la materialidad de los símbolos, valores y jerarquías de un contexto espacio-temporal específico; en este mismo sentido, la evidencia de los movimientos de reproducción y producción de significados en ese mismo contexto. Así, la experiencia se vuelve memoria corporal, recuerdos de un momento, sensaciones revividas y vueltas significadas, la posibilidad de otorgarle sentido a las acciones y reacciones.

La estrategia metodológica de esta investigación, procura un acercamiento cualitativo que indaga por las experiencias vividas, en este sentido, la técnica a utilizar es la entrevista semiestructurada, pues permite marcar una guía de preguntas que funcionan como orientadoras, pero otorga un margen más amplio para la interlocución con las entrevistadas, y para jugar con el orden propuesto en la guía. Para el desarrollo de las entrevistas, el espacio, juega un papel muy importante en la fluidez de las mismas; serán lugares de familiaridad para las entrevistadas, espacios donde es posible conversar tranquilamente, sin sentir presión por bajar el volumen de la voz o las risas, y donde no existirá o se sentirá ningún tipo de censura.

El diálogo fue posible gracias a dos técnicas, en las cuales, la selección o la elaboración de las preguntas estuvo guiada por las categorías: Espacio-lugar, lesbianas, vigilancia y emociones: 3 grupos focales y dos entrevistas individuales. Los encuentros con las mujeres fueron posibles por las redes de amistad; tener algunas amigas lesbianas, quienes hacían el puente para la conexión con otro grupo de mujeres, fue una estrategia indispensable para el desarrollo de la investigación, e incluso posibilitó la creación de nuevas amistades. Es importante mencionar que esta estrategia, si bien resultó ser muy útil, fue a la vez una barrera, o mejor, el des-cubrimiento de una burbuja para mí; todas las entrevistadas tenían mucho que ver conmigo: las posibilidades, en mayor o menor medida pero siempre posibilidades, de acceso a la educación superior, los lugares a los que vamos de fiesta, los lugares frecuentados en la ciudad, las zonas identificadas como seguras o inseguras; todo orientado al descubrimiento final, de que las posibilidades de acceso y los lugares frecuentados, son una fuerte marca de clase, pues esta variable también determina y moldea las formas en que las personas habitan la ciudad.

De manera que, como parte de una conclusión anticipada, fue posible ver claramente lo que compone mi burbuja, cómo se constituyen las diferencias en términos de clase, y las dificultades que encontré para moverme fuera de ella; procuré buscar grupos que se distanciaran de lo que estaba viendo y de mis grupos de socialización, pero fue muy difícil.

El primer grupo estuvo conformado por 5 mujeres: Lorena, Erika, Catalina, Adriana, y yo. Cuatro de ellas nos nombramos lesbianas, mientras que Adriana mencionaba que prefería nombrarse lesbiana política ya que su orientación del deseo no estaba exclusivamente dirigida a otras mujeres. Lorena tiene 27 años, es ingeniera de software, trabaja y hace su maestría en una universidad privada de Bogotá. Erika tiene 43 años, es trabajadora social, trabaja con el Distrito hace 15 años. Catalina tiene 26 años, es psicóloga, y hace su maestría en estudios culturales en una universidad privada de la ciudad. Y Adriana, tiene 29 años, es antropóloga, y trabaja en una entidad pública nacional.

Las integrantes de este grupo, se conocieron cuando estudiaban en la Universidad Nacional de Colombia sede Bogotá, hace, aproximadamente, 8 años. Así, la posibilidad de conformar este grupo para el propósito de la investigación, se da a través de los lazos de amistad y su disposición para hacer parte del proyecto. El lugar de reunión fue la casa de una de ellas, ubicada en Galerías, localidad de Teusaquillo, Bogotá.

El segundo grupo estuvo conformado por 8 mujeres, todas nos nombramos lesbianas. Este grupo tenía varias integrantes de la Colectiva Feminista Gordas Sin Chaqueta, y de Enigma-Red de Mujeres Diversas. Diana, tiene 25 años, es lesbiana feminista, antropóloga de la Universidad Javeriana, y trabaja con el Distrito Capital. Cristina, tiene 29 años, es realizadora visual y gestora cultural, y actualmente hace un documental sobre la Colectiva Feminista Gordas Sin Chaqueta. Andrea, es antropóloga de la Universidad Nacional de Colombia, lesbiana feminista, integrante de la Resistencia Antipatriarcal y Red de Mujeres Diversas. July tiene 23 años, es psicóloga, y es integrante de la Resistencia Antipatriarcal y Red de Mujeres Diversas, Toque Lésbico. Natalia, tiene 29 años, es Politóloga, e integrante de Observatorio Acoso Callejero Colombia. Marcela Salas, tiene 27 años, es trabajadora social, integrante de la Resistencia Antipatriarcal, Red de Mujeres Diversas, y Gordas Sin Chaqueta. Leidy Piñeros quien me ayudó con la toma de notas in situ. Y yo.

El rango de edades se encontraba entre los 23 y 29 años. Todas ellas con formación universitaria en ciencias humanas y sociales, sólo una de ellas es realizadora audiovisual. Las organizaciones a las cuales hacen parte son feministas y se encontraron en ellas por el encuentro de experiencias comunes del cuerpo en la calle y su nombramiento como lesbianas. La conformación de este grupo también fue posible por lazos de amistad, aunque más recientes que los del primer grupo; aproximadamente 2 años. El lugar de la reunión fue también la casa de una de ellas, ubicada en Villa del Río, localidad de Bosa, Bogotá. El rasgo distintivo de este grupo es el activismo.

Al tercer grupo lo conformamos 11 mujeres, todas nos nombramos lesbianas. A este grupo asistieron las integrantes de Iris Less, una organización de mujeres lesbianas de la localidad de Fontibón, a quienes las convoca la posibilidad de crear redes de afecto a través de las experiencias comunes como mujeres lesbianas y el fútbol. Paola, tiene 33 años. Yurani, tiene 27 años y es abogada. Lorena es comunicadora social y quien se encarga de las redes sociales de la colectiva. Camila, tiene 18 años y es estudiante del SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje), se reconoce como lesbiana. Laura, es

profesional en cultura física, deporte y recreación, se reconoce como lesbiana. Patricia, se reconoce como lesbiana hace 6 años y tiene 3 hijos. Brigitte, tiene 23 años. Susan G, tiene 23 años, es tecnóloga en sistemas de Universidad Distrital, y trabaja para el Distrito. Karin, abogada y periodista.

El rango de edades está entre los 18 y los 33 años. Entre ellas se encuentran abogadas, tecnólogas, comunicadora social. La posibilidad de llegar al grupo se da a través de la gestora del grupo y su cercanía con una amiga en común. El lugar de la reunión fue en el parque en el que habitualmente se reúnen en las noches, no todas las noches, de la localidad de Fontibón, Bogotá. El rasgo distintivo de este grupo será el deporte, que a su vez, hace parte de su objetivo de activismo ocupando espacios.

Esta propuesta de trabajo grupal surge porque a través de la identificación, fluyen las ideas, las experiencias, y al final, la conversación; es decir, encontrando en las otras, historias similares, es posible revelar la propia experiencia, encontrar en lo común un lugar amigable y tranquilo, sin juicios o correcciones. Aspecto, a la vez alimentado, por la cercanía permitida por las amistades y el deseo de compartir experiencias, enojos, risas, desalientos, o alegrías.

La primera de las entrevistas individuales, y la primera que se realizó de toda la investigación se llevó a cabo con Alejandra Polanía. Mujer lesbiana de 22 años, quien se mudó de Neiva a Bogotá hace 5 años para iniciar sus estudios en psicología en la Universidad Javeriana. La posibilidad de encuentro con ella lo posibilitó una amiga en común. Alejandra vive en Tacay, lugar donde se llevó a cabo la entrevista, zona residencial en la Calle 26 con Carrera 30, en la localidad de Teusaquillo, Bogotá.

La segunda entrevista individual, se realiza con Susan H, mujer lesbiana de 29 años. Socióloga de la Universidad Nacional de Colombia, trabaja por su cuenta actualmente, es contratista ocasional y es doula⁴. La entrevista fue posible por la cercanía que se dio luego de trabajar juntas. Susan vive en la localidad de Barrios Unidos, Bogotá, lugar donde se llevó a cabo la entrevista.

Durante las entrevistas individuales se realizó un ejercicio de escucha, interviniendo a través de las mismas preguntas orientadoras que se utilizaron con los grupos, dándole mayor espacio a las historias que las entrevistadas quisieron contar. Fue ejercicio guiado pero en el que se priorizó el camino que la entrevistada quisiera tomar, llevada por el curso de su relato.

Así las cosas, esta investigación utiliza un enfoque etnográfico, pues, según describe Rosana Guber (2001), “Como enfoque la etnografía es una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (entendidos como “actores”, “agentes” o “sujetos sociales”)” (2001, p.12), en donde se privilegia la voz de las entrevistadas o las convocadas a los grupos, pues “sólo ellos pueden dar cuenta de lo que piensan, sienten, dicen y hacen con respecto a los eventos que los involucran.” (2001, p.13); esta voz será interpretada y articulada con la

⁴ En palabras de Susan, “una doula es una mujer que acompaña a otra mujer durante su proceso de gestación, trabajo de parto, parto y/o posparto. Las actividades que realiza la doula son tanto de soporte emocional como físico. Esta actividad, aunque ha existido desde hace mucho tiempo y en muchas culturas, ha vuelto a tomar auge en la última década, debido a las condiciones en las que se está abordando la salud gineco-obstétrica desde el sistema de salud. La presencia de una doula tiene efectos positivos demostrados para el proceso de gestación, parto y posparto.”

elaboración teórica de quien acá escribe. Este diálogo con las experiencias articula el enfoque etnográfico con lo que Sandra Harding (1987) define como un rasgo distintivo de la investigación feminista, mencionando que esta misma “define su problemática desde la perspectiva de experiencias femeninas y que, también, emplea estas experiencias como un indicador significativo de la ‘realidad’ contra la cual se deben contrastar hipótesis.” (1987, p.21); de esta manera, se traslada la mirada a las mujeres como sujeto de conocimiento, a la vez que sus “verdades subjetivas” (1987) son consideradas conocimiento. Así, reconocer las experiencias de mujeres lesbianas en la calle, en la interacción con otras personas, en el intercambio mismo con el espacio de la ciudad, permite hacer una lectura, una interpretación de la manera como se estructura el orden social (1987), en este caso, la heterosexualidad a través del espacio, la interacción y las experiencias.

De manera que, a través de los grupos focales no solamente se obtiene información sobre la experiencia, sino que se construyen significados y sentidos colectivos a los eventos o sensaciones experimentadas individualmente. De modo que, se configuran procesos de co-construcción de información, de significados y de interpretación.

En este sentido, señala Guber, las “descripciones y afirmaciones sobre la realidad no sólo informan sobre ella, la constituyen. Esto significa que el código no es informativo ni externo a la situación sino que es eminentemente práctico y constitutivo. El conocimiento de sentido común no sólo pinta a una sociedad real para sus miembros, a la vez que opera como una profecía autocumplida; las características de la sociedad real son producidas por la conformidad motivada de las personas que la han descrito. Es cierto que los miembros no son conscientes del carácter reflexivo de sus acciones pero en la medida que actúan y hablan producen su mundo y la racionalidad de lo que hacen. Describir una situación es, pues, construirla y definirla.” (Guber, 2001, p.45-46), de manera que, la importancia de los relatos de las experiencias supera la intención de recolección de información, y se trata de encontrar a través del relato, la manera como configuran, crean, y organizan una ciudad para sí mismas.

Otro aspecto relevante, es el lugar que tiene la investigadora en este proceso de interpretación y escritura, y es la presencia necesaria de la propia experiencia en la interacción con los espacios de la ciudad, como lesbiana. Guber (2001) menciona dos caras de la exposición de quien investiga frente a la comprensión de otros mundos; por un lado, lo que imagina y recrea al encontrarse con las otras experiencias, y por otro lado, los “sentidos socioculturales que exhibe en su persona.” (2001, p.17). Para el caso concreto de esta investigación, la exposición de la investigadora se encuentra en los lugares similares a los de las demás experiencias, así que el encuentro de los sentidos socioculturales de cada parte se exponen para lograr una interpretación y un sentido común que cargue de significados a las experiencias como mujeres lesbianas en el espacio público en Bogotá. Esta conexión de las dos caras nos pone frente a la subjetividad como un elemento activo en el proceso investigativo, una parcialidad potente frente a la producción y, necesariamente, una posibilidad de someter a análisis crítico la propia experiencia (Guber, 2001), ya que es tomada también como evidencia empírica relevante (Harding, 1987); a través del contacto con las demás, la lectura que otras puedan hacer de la misma situación, la posibilidad de leerlas a través de lo que está en mí. Esta parcialidad, o esta perspectiva parcial, también se presenta como “responsable de sus monstruos prometedores y de sus monstruos destructivos.” (Haraway, 1995, p.12); es así, una parcialidad responsable de lo que produce, de una visión particular del mundo, y con ella “podremos responder de lo que aprendemos y de cómo miramos.” (1995, p.13).

De esta manera, seguimos reclamando un camino, una voz, la posibilidad de acentuar la visión, seguir aprendiendo de nuestros cuerpos (1995) y “nombrar dónde estamos y dónde no, en dimensiones de espacio mental y físico que difícilmente sabemos cómo nombrar.” (1995, p.12)

Durante las entrevistas y el proceso investigativo fue posible rescatar, lo que Guber menciona como “una categoría sistemáticamente negada por la metodología de investigación social: la emoción, [108]” (Guber, 2001, p.108), las risas, la tristeza, la rabia, el revivir sensaciones fue posible rescatar y resignificar a través del relato y la atención de todas las participantes.

1. Capítulo 1

Referencias y contexto

“Nuestra lucha más importante y emergente es combatir nuestra pasividad (nuestro miedo, justificado).”

(Wittig, 2006, p.37)

Ya ubicado entonces el germen de todo esto para mí, vale la pena indagar por las experiencias de otras mujeres, que pudieran contar sus experiencias. Antes del encuentro con las mujeres con quienes se hicieron las entrevistas, la mejor manera que se me ocurrió para nombrarlas en el proyecto inicial fue “mujeres con sexualidades disidentes”; esto me funcionaba porque pensaba que poner etiquetas podría ser problemático porque no quería que esto fuera homogenizante. Así empezaron los grupos y las entrevistas, hasta un punto en el que sentía que nombrarlas de esa manera, hacía que se perdiera toda la fuerza política que tenía nombrarnos “lesbianas”, e incluso la fuerza misma que tiene la palabra cuando es usada como un insulto, como ofensa para quien la dice con ese propósito; claro, estuvieron en mi mente Wittig y Rich, aunque para esta última autora “la palabra *lesbianismo* tiene una resonancia clínica y limitante.” (Rich, 1999, p.188). Decido usarla por su alcance y anclaje en el imaginario colectivo, a la vez que a la existencia lesbiana (1999) como una apuesta política.

Rich define la existencia lesbiana desde dos puntos, el primero sugiere “el hecho de la presencia histórica de las lesbianas” (1999, p.188), y el segundo se refiere a “nuestra continua creación del significado de esa existencia” (1999, p.188), es decir, una manera de hacer frente al rechazo y la negación histórica de la existencia de las lesbianas, de reparar la omisión, así como la apuesta por otorgarle sentido permanente a esa existencia. En ese sentido, “La existencia lesbiana comprende tanto la ruptura de un tabú como el rechazo hacia un modo de vida obligatorio. También es un ataque directo o indirecto a los derechos masculinos naturalizados de acceso a las mujeres. Pero es más que esto, primero empecemos a percibirla como una forma de decir no al patriarcado, como un acto de resistencia.” (1999, p.188). Así, hablar de lesbianas, y nombrarlas como eje de la investigación es una apuesta política, frente a la anulación de esta existencia potente, en este espacio-tiempo en el que se escribe la tesis, es no borrar el centro y móvil de las agresiones. Optar por “lesbianas” y no por “sexualidades disidentes”, es pensar también nuestras vidas como una existencia política que nos ubica de cara a la

creación continua de significado a esa existencia (1999). “Considero que la experiencia lesbiana es, como la maternidad, una experiencia profundamente de mujeres, con opresiones, significados y potencialidades particulares, que no podemos comprender mientras sigamos agrupándola con otras existencias sexualmente estigmatizadas.” (1999, p.190)

Por otro lado, nombrar a las participantes “mujeres” pasa por el reconocimiento de su propio nombramiento, por la manera como han asumido la socialización de sus cuerpos y subjetividades femeninas. Nombramiento que no deja de estar en la lectura binaria de los cuerpos. Adicionalmente la categoría mujeres remite a las formas como se ejercen ciertas violencias hacia ellas, violencias particulares que obedecen a la expropiación de sus cuerpos, su apropiación por parte de los hombres en la calle, que tiene que ver a su vez con una invasión. Y la posibilidad de poner sobre la mesa sus experiencias como mujeres en el espacio público en algunos lugares de la ciudad de Bogotá. Es decir, con las consecuencias que trae reconocerse como mujer en una ciudad como la nuestra, y particularmente como mujer lesbiana. Así, hablar de “mujeres lesbianas” supera la redundancia y pretende ubicar unas formas particulares de habitar la ciudad, aunque en estas dos palabras no se agote la experiencia.

Por otro lado, el encuentro entre experiencias similares como algo potenciador de fuerza y cercanía, nos pone de frente al continuo lesbiano al que se refiere Rich; particularmente, la autora propone el uso del continuo lesbiano para “incluir una gama – a lo largo de la vida de cada mujer y a lo largo de la historia- de experiencias identificadas con mujeres; no solamente el hecho de que una mujer haya tenido o deseado tener conscientemente experiencias sexuales genitales con otra mujer.” (Rich, 1999, p.188), en este sentido, la intención de ubicar este concepto, como una posible propuesta metodológica, intenta posicionar el lugar de la experiencia de las mujeres lesbianas de manera más profunda, en relación a la fuerza política que tiene esa identificación. En palabras de la autora, “La frase continuo lesbiano surgió del deseo de abarcar la mayor variedad posible de experiencias identificadas con mujeres y con un respeto diferente para la existencia lesbiana: las huellas y el conocimiento de mujeres cuya elección erótica primaria y emocional fue de mujeres.” (1999, p.210); así, procurar por el continuo lesbiano marca la propuesta metodológica de cercanía entre mujeres, y la identificación con las múltiples experiencias que acá se presentan.

1.1. Referentes teóricos.

Varios conceptos empiezan así a surgir como importantes, algunos llegaron a mi mente al principio de la maestría y otros han llegado poco a poco siendo un gran insumo que ha alimentado todo el cuerpo del trabajo. Como mencionaba, uno de ellos es la heterosexualidad; para darle un marco, y con esto, un sentido al concepto, parto entonces desde varias autoras. Inicialmente está Monique Wittig (2006) quién permite entenderla como un sistema social, un régimen político; es decir, la heterosexualidad vista no únicamente como práctica erótico-afectiva, sino como una matriz amplia donde se sostienen ideologías, se producen sujetos, se subordinan y oprimen algunos, y se establecen una serie de preceptos que definen y crean a los sexos de manera diferenciada, binaria y complementaria.

Para sostenerse, el régimen heterosexual requiere crear otro/diferente a través de discursos médicos, académicos, psicoanalíticos, estatales, económicos y religiosos (Wittig, 2006) para poder controlarlo y fundamentarse como sociedad (heterosexual), para establecerse como norma y regla sobre todos los demás sujetos, como un “acto de poder ya que es un acto esencialmente normativo” (2006). En este sentido, se establece como discurso dominante, recurriendo a la “diferencia sexual” como evidencia física, fácilmente detectable, “visible”, y sobre todo “natural”; es decir, la diferencia y existencia de hombres y de mujeres. De manera que, se excusa en un fundamento natural para ocultar que estas dos son categorías políticas que existen únicamente en el plano social, así como sus diferencias que siempre implican “un orden económico, político e ideológico.” (2006, p.22); en otras palabras, se hace una reinterpretación de rasgos físicos “en sí mismos tan neutrales como cualquier otro” (2006, p.34), a través de un conjunto de relaciones sociales, que resulta en la construcción “sofisticada y mítica” de cada uno de los dos, y sólo dos, sexos (2006, p.34) y su complementariedad; haciendo parecer que tiene evidencia en la “percepción directa y física”, como producción de la naturaleza, un asunto meramente biológico.

Todo este “ejercicio creativo” sirve para justificar, en un “hecho biológico”, la apropiación de la producción y reproducción de las mujeres por parte de los hombres; en este sentido, la reproducción, se les impone a las mujeres como una obligación, la obligación de “reproducir <<la especie>>, es decir, reproducir la sociedad heterosexual.” (2006, p.26), de esta manera se establece el sistema de explotación sobre el que se funda económicamente la heterosexualidad.” (2006, p.26). Entonces, la categoría de sexo se establece para configurar la manera como llegamos a ser hombres o mujeres, como una construcción social, y con ella la funcionalidad del régimen que es la explotación de las mujeres a través de la construcción sociocultural de los géneros; así, el sexo se construye con una intención política y económica de explotación y apropiación.

Frente a esto, Wittig propone un análisis materialista de las relaciones sociales que estructuran las bases de la heterosexualidad, entiende a las mujeres como clase sexual, lo cual permite ubicar las categorías “hombre” y “mujer” como categorías políticas, no como “categorías eternas”; de esta manera es posible romper con el “mito de la mujer”, aquella constituida en la “relación social específica con un hombre”, desnaturalizando a “la mujer”, y quebrando todas las implicaciones materiales que esta idea conlleva.

En este mismo sentido, Rich (1999) denomina la heterosexualidad como una institución política, obligatoria, impositiva, e impuesta violentamente a las mujeres, con el propósito de negar y borrar toda posibilidad de estar fuera de ella. Esta institución política, que “disminuye el poder de las mujeres” (1999, p.159), utiliza su subordinación en todos los campos posibles: laboral, profesional, sexual, social, etc. para instalarse y naturalizarse; por ejemplo, a través del matrimonio, la obligación de la reproducción, los preceptos sobre la maternidad, el cuidado de las y los hijos, asegurando así su perpetuación.

Por otro lado, esta clasificación posible tiene un alcance universal, ya que, como menciona Lugones (2008), “Con la expansión del colonialismo europeo, la clasificación fue impuesta sobre la población del planeta.” (2008, p.79), constituyendo así nuestro pensamiento (Wittig, 2006, p.22). Pero esta universalidad no sólo se refiere a un traslado e imposición ideológica a todas las latitudes, se refiere también a la posibilidad de leer todo desde su lugar, considerando también los matices que los lugares pueden presentar; no es un filtro uniforme, más bien tiene la posibilidad de adaptarse, es una amalgama camaleónica con la que podemos jugar, que nos atraviesa, la pasamos por

nuestras manos, nos atraviesa el cuerpo, se esconde y otras veces la podemos ver con mayor claridad; no es un vigilante externo que nos espía desde la distancia o desde una torre de control, está siempre adentro de ellos, y de nosotras. De esta manera, esta clasificación impuesta tiene muchas posibilidades, si bien puede hacerse una lectura del régimen heterosexual como estructurante, no debe perderse de vista que como conjunto de reglas, normas, discursos, medidas o principios, tiene unas particularidades locales, que el sistema moderno colonial de género (Lugones, 2008) y su producción de sujetos, tiene un sentido localizado que la misma colonialidad ha producido.

Específicamente, Lugones se propone caracterizar el “sistema de género colonial/moderno” como una forma de clasificación impuesta “sobre toda la población del planeta” (Lugones, 2008, p.79), que va de la mano con los procesos de racialización y división geocultural del mundo, posibilitados por los proyectos coloniales y los procesos de colonización. La autora menciona que el “sistema de género se consolidó con el avance del(los) proyecto(s) colonial(es) de Europa. Tomó forma durante el período de las aventuras coloniales de España y Portugal y se consolidó en la modernidad tardía.” (Lugones 98) Una de las características del sistema de género es que tiene un lado visible/claro, y uno oscuro/oculto; el “lado visible/claro construye, hegemónicamente, al género y a las relaciones de género. Solamente organiza, en hecho y derecho, las vidas de hombres y mujeres blancos y burgueses, pero constituye el significado mismo de <<hombre>> y <<mujer>> en el sentido moderno colonial.” (2008, p.98) de esta manera, “Tanto el dimorfismo biológico, el heterosexualismo, como el patriarcado son característicos de lo que llamo el lado claro/visible de la organización colonial/moderna de género. El dimorfismo biológico, la dicotomía hombre/mujer, el heterosexualismo, y el patriarcado están inscriptos con mayúsculas, y hegemónicamente en el significado mismo del género.” (2008, p.78), de manera que, el sistema de género posibilita que la heterosexualidad permee “el control patriarcal y racializado sobre la producción, en la que se incluye la producción del conocimiento, y sobre la autoridad colectiva.” (2008, p.98). Esta forma de organizar el mundo, y de permear todas las formas de relación del planeta, pasa por atravesar los discursos y así establecerse, como afirma Wittig, como el pensamiento de la dominación. “El conjunto de sus discursos es reforzado constantemente en todos los niveles de la realidad social y oculta la realidad política de la subyugación de un sexo por el otro, el carácter obligatorio de la categoría en sí (...)” (Wittig, 2006, p.25), de la heterosexualidad obligatoria.

En este sentido, el propósito de esta investigación no es realizar un análisis universal de las lesbianas en la calle, sino aquellas que hacen parte de una sociedad periférica dentro de un capitalismo colonial hispano. Quienes en sus relaciones experimentan el establecimiento o reproducción del proceso colonial, a través del sistema de género colonial/moderno. Las de esta investigación son entonces mujeres lesbianas, que se mueven, o que nos movemos dentro de un espacio establecido por la heterosexualidad. Que reciben agresiones por ese régimen permisivo, que reclama todo para sí; castiga las resistencias justificado en su construcción de sujetos “normales”.

Por otro lado, regresando un poco a líneas anteriores, vale la pena retomar lo que se mencionaba sobre la propuesta de Wittig por entender las categorías “hombre” y “mujer” como categorías políticas, no naturales, producto de la sociedad y no eternas. Efectivamente en el cuerpo de este trabajo hablaré de mujeres, particularmente de mujeres lesbianas, y aunque la propuesta feminista materialista de Wittig exponga que, en la medida en que las lesbianas se fugan de la definición de mujer pues rechazan el “poder económico, ideológico y político de un hombre.” (Wittig, 2006, p.36), y que “las

<<mujeres>> son el producto de una relación social.” (2006, p.38) específica con un hombre, marcada principalmente por el cuidado y el servicio a él, resulta importante ese nombramiento por la lectura que de nosotras se hace, desde esa mirada colonizada, marcada por el sistema de género colonial/moderno; es decir, en la misma clave de comprensión de la mujer como clase, como categoría política, como establece la autora, ver en ese nombramiento las particularidades de estos seres marcados por los efectos de la heterosexualidad obligatoria. De esta forma, ubicar de manera muy específica y precisa los análisis de las autoras.

1.2. Referentes sobre el espacio.

Sentir cómo la calle da cuenta de las formas específicas en que las relaciones sociales operan, es también construirla y entenderla; percibirla como a cada quien se le presenta, con sus formas particulares de privilegios, opresiones, encuentros y desencuentros, es encontrarle y, a la vez, conferirle sentido. La calle, el espacio, nunca es un mero receptáculo, ni un espectador de las interacciones que en él se desarrollan, es agente en tales interacciones y actúa también como mediador, atacante u oponente. Así, el espacio es determinante en las relaciones entre los sujetos, en formas específicas de violencia, en la producción de subjetividades, en la perpetuación de normas y valores, en un tipo particular de relación social, y sin duda, de resistencia.

Un elemento interesante que presentan algunas autoras es el acercamiento al espacio como evidencia de las normas que se construyen en torno a la orientación sexual. Además de la importancia que tiene el análisis geográfico en relación a la manera como se construye el género y la orientación sexual, utilizando las experiencias emocionales; resultando así una evidencia de, lo que se podría nombrar como, la sexualización de los espacios.

En este sentido, las autoras realizan un abordaje a la heterosexualidad también como un régimen socioespacial en el que sólo ella es la sexualidad posible, confinando otras expresiones a bares o lugares menos “visibles”, a la vez que esta se presenta invisible al ser percibida como natural, sobre todo para quienes la norma resulta más fácil de asumir; se instala como normal en los espacios a través de performance que no sólo ubican en la heterosexualidad a los sujetos, sino que se instalan como lo adecuado para hacer y repetir allí, de modo tal que los espacios mismos se ordenan para contener y reproducir dichas normalidades. En este sentido, Gill Valentine (2005) se refiere a la heterosexualización del espacio como un acto performativo.

Concretamente, las y los autores que hacen parte de esta revisión, se mueven entre 4 principales temas que dialogan y se entrelazan para hacer parte del acercamiento a la respuesta de la pregunta guía de toda esta investigación: espacio, heterosexualidad, emoción y vigilancia; y para servir como rutas y miradas posibles. No sobra decir que esta separación por temas es una herramienta analítica, pues estos temas coexisten para lograr un sentido dentro del conjunto de ideas que aquellos textos exponen.

Mis indagaciones sobre trabajos académicos alrededor del espacio, su apropiación por parte de las mujeres lesbianas, sobre formas de intimidación a las que son sometidas, dieron como resultado el encuentro con varios trabajos relacionados con las emociones, la violencia, investigaciones sobre la relación entre estos dos últimos y la planificación

urbanística, y trabajos que intentaban responder a cómo los espacios son apropiados por sujetos con sexualidades disidentes.

Muchas de las investigaciones rastreadas realizan análisis geográficos que ponen a discutir el lugar de las emociones anclados a las formas de violencias en algunas ciudades, como es el caso de *La geografía del miedo en la ciudad de México; el caso de dos colonias de la delegación Cuauhtémoc* en el 2008 de José Luis Cisneros. En este texto se resaltan las causas y los efectos que adquiere la delincuencia en la ciudad de México y toma como propósito el abordar el conocimiento y descripción de la geografía del delito mediante la exposición de aquellas condiciones socio-espaciales que favorecen la conducta delictiva en dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc, catalogadas como de más alta peligrosidad por las autoridades de la Secretaría de Seguridad Pública de la ciudad de México.

Otro es el caso del trabajo de Paula Soto Villagrán publicado en el año 2012. *El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial*, parte de un análisis geográfico con una perspectiva particular, un análisis feminista; mediante el cual, la autora pretende describir cómo se entrelazan las divisiones espaciales y las divisiones de género en la construcción social del miedo, como un elemento fundamental de los modos de habitar la urbe desde la experiencia espacial de las mujeres como colectivo. La investigación se centra en el caso de una colonia popular de la Ciudad de México, poniendo énfasis en las dimensiones espaciales del miedo a la violencia y su relación con la justicia espacial y de género.

En esta línea, aunando sobre las emociones y el cuerpo, haciendo énfasis en el miedo la autora Alicia Lindón publica en el 2009 un texto llamado *La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento*. Aquí se realiza un abordaje del cuerpo, no como objeto de estudio en sí mismo, sino en relación con otras dimensiones: estudia el cuerpo y las emociones como una ventana para comprender la construcción social de la ciudad, de lo urbano y sus lugares, a través de los sujetos que la habitan corporal y emocionalmente. Se realiza una serie de transversalidades e intersecciones analíticas entre el cuerpo, las emociones, la ciudad y la espacialidad. Una de estas transversalidades es lo que se puede denominar la centralidad del sujeto como constructor de lo social. Esta perspectiva intenta superar las concepciones para las cuales el sujeto es una simple expresión de la individualidad. Otra de estas transversalidades es la relación entre lo inmaterial de la vida urbana y la materialidad, lo tangible. Esta misma autora indaga por las violencias en los espacios públicos, pero preguntándose cuál es la forma en que el miedo opera. La autora afirma que el miedo es un sentimiento frente a posibles conductas o comportamientos que puedan agredir o dañar. “El miedo es una emoción provocada por la conciencia de un peligro que nos amenaza. Por ello se podría decir que la violencia se ejerce o se experimenta, mientras que el miedo se siente. Esta diferenciación es analítica, ya que en la vida social ambos fenómenos suelen estar estrechamente articulados y se construyen recíprocamente.” (Lindón, 2009) A partir del análisis de la intersección entre el miedo y la violencia, la autora profundiza en el ámbito de las prácticas como el de las percepciones, representaciones, los imaginarios, y la subjetividad social.

Frente a esta misma preocupación, en el artículo *La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo* de Fernando Carrión Mena y Jorge Núñez-Vega publicado en el 2006, se intenta explicar cómo el miedo es producido socialmente. El objetivo principal del texto es analizar la relación entre inseguridad y

representaciones de violencia elaboradas estadísticamente; así como la relación entre inseguridad y urbanismo. El estudio está basado en los resultados de investigación del trabajo titulado *Imaginario Urbanos*, coordinado por *Armando Silva*. El ensayo concluye que el sentido social del miedo depende de múltiples encuentros entre el discurso de la seguridad ciudadana y la economía política de las ciudades.

Un acercamiento al sentimiento del miedo y su incidencia en la reconfiguración de los espacios sociales por José Juan Méndez Ramírez, Alberto J. Villar Calvo, Teresa Becerril Sánchez, libro publicado en el 2009, los autores y autora parten afirmando que el sentimiento del miedo está influenciando la configuración de los espacios sociales, al presentar construcciones encerradas, privatizando espacios que tradicionalmente habían sido considerados como públicos, como es el caso de calles, parques, jardines, sólo por mencionar algunos. En los espacios cerrados se hace presente fuertes dispositivos de seguridad, que van desde el pago de seguridad policíaca con carácter privada, hasta la construcción de altas murallas, la electrificación de bardas, la constante presencia de rejas en puertas y ventanas, como un sinónimo de seguridad y protección de su persona, familia y pertenencias de posibles ladrones o delincuentes.

Como describo en lo que va de este apartado, varias investigaciones se han acercado a la manera como las mujeres perciben la ciudad, las formas específicas de violencia a las que están expuestas, el riesgo, y la organización física del espacio como determinante en la relación constituyente entre miedo y violencia. Por otro lado mis indagaciones se centraron también en investigaciones y análisis que han abordado la apropiación de espacios por lesbianas en una ciudad, barrios o comunidades LGTBI, particularmente sobre espacios de socializaciónlésbica y su rol en la ciudad.

Las respuestas las fui encontrando en trabajos de geógrafas feministas del Reino Unido, quienes se han valido de entrevistas, experiencias personales y del voz a voz para evidenciar la importancia del análisis espacial en relación a las emociones que suscita el régimen heterosexual. Los avances de dichas geógrafas feministas han sido importantes para la comprensión del espacio como agente dentro de la interacción social, pero que, en su mayoría, la producción sea del Reino Unido, nos deja lejos de las particularidades espacio-socio-temporales del régimen heterosexual que opera en este territorio específico (Bogotá, para el caso).

Es importante realizar análisis localizados en espacios como el nuestro, como Bogotá, con sus especificidades territoriales y trayectos particulares; un análisis que comprenda la forma específica que adquiere este régimen heterosexual, entendiéndolo también como un régimen socio-espacio-temporal. En el proceso de rastreo me encontré con un trabajo realizado sobre la apropiación del espacio urbano en Chapinero, una de las localidades de Bogotá por parte de personas LGTBI. Esta investigación se titula *Geografía de la diversidad: Chapinero (upz99) como distrito LGBT de Bogotá* de Enrique Federico Luna Thorrens publicada en el 2011. La investigación aporta visiones que desde la teoría de la geografía y la geografía de género, reconocen las dinámicas urbanas y apropiación del espacio, que esta comunidad incorpora al convivir, acentuarse y desarrollarse de manera propia en la ciudad; además, apunta a la significación y experiencias de agresión en el espacio urbano en Bogotá.

Otro de los hallazgos, fue el texto titulado *Hacia una ciudad no sexista. Algunas reflexiones a partir de la geografía humana feminista para la planeación del espacio urbano* de Anna Ortiz Guitart en el 2007, artículo que ofrece un estado del arte trabajos realizados desde la geografía en torno a la diversidad de experiencias vividas en la

ciudad por parte de las mujeres y otros colectivos tradicionalmente olvidados en la planificación urbanística por razón de su sexualidad (gays y lesbianas) o su edad (niñas y niños).

Los sentimientos y las emociones cobran relevancia para la investigación, sobre todo entender el lugar de éstas con la formas de habitar los espacios públicos por parte de las mujeres lesbianas, por lo que se hace importante el lugar de las geografías de las emociones. En esta línea Carey-Ann Morrison, Lynda Johnston, y Robyn Longhurst publican para el año 2012 *Critical geographies of love as spatial, relational and political*; estas autoras defienden la idea del amor como espacial, relacional y político, multisensorial, vivido, encarnado, que se construye como un espacio y habita espacios. Las autoras, posibilitan la comprensión del nexo emociones-espacio y los significados que surgen de esta relación en las experiencias de las y los sujetos.

Por último fue importante ver trabajos donde se evidencian las formas de intimidación y agresiones sufridas por hombres y mujeres de sexualidades e identidades diversas en el espacio público; en este caso el trabajo en Reino Unido de Phil Hubbard en el 2012 llamado *Kissing is not a universal right: sexuality, law and the scales of citizenship* aborda cómo funciona la discriminación homofóbica en escenarios públicos a pesar de la existencia de un andamiaje jurídico que pretende garantizar la igualdad de derechos en razón a las orientaciones sexuales. Este documento se centra en una escena, donde una pareja homosexual se besa en un establecimiento y por este hecho son sacados del lugar. Con esto, el autor pretende demostrar los límites de una perspectiva que se refiere a la ciudadanía como algo negociado exclusivamente en la escala de la nación-Estado, pero donde los encargados del mantenimiento del orden público a escala local suelen aparecer indiferentes a los derechos garantizados a nivel nacional. En consecuencia, el documento “advierde contra las nociones esencialistas del estado, concluyendo que la interacción de un conjunto heterogéneo de actores que operan en diferentes escalas jurisdiccionales en última instancia, determina los límites de la ciudadanía sexual”.

1.3. ¿Por qué el espacio importa?

En relación con la pregunta de esta investigación, es decir, la preocupación por la intimidación que reciben algunas mujeres lesbianas cuando recorren Bogotá, como evidencia de la puesta en marcha del régimen heterosexual surge la inquietud por el espacio. Un espacio que es un agente más en la producción de subjetividades, uno que es determinante en las relaciones específicas que operan para la conformación de determinados sujetos.

El espacio entonces empieza a tomar un papel principal en el análisis, ya no es percibido como algo sólo ocupado y neutro, sino que es un agente, constituido conforme a normas sociales, a reglas que ordenan las relaciones entre sujetos. Estas normas están necesariamente relacionadas con la identidad de género y la orientación sexual, de modo tal, que el espacio refleja y encarna estas disposiciones y valores en torno al género y a la sexualidad (Parker y Anacker, 2013). Tal encarnación de valores carga al espacio, lo sexualiza según sus disposiciones, y así distingue lo apropiado de lo perverso:

Tenemos la hipótesis que el espacio es sexualizado (i.e., refleja valores sobre la orientación sexual y la identidad de género que son sentidas por los usuarios de ese espacio). También tenemos la hipótesis que hay una interacción crítica entre

las formas urbanas y la gente dentro de esos espacios. (Parker y Anacker, 2013, p.173) (La traducción es mía).

La sexualización del espacio, entonces es resultado de la operación de los sujetos que en él se reúnen, y de su actuación (la del espacio) en el “ajuste, el control, y el acceso” (Parker y Anacker, 2013, p. 187) de sus ocupantes.

Teniendo en cuenta lo anterior y que las normas que lo producen son necesariamente espaciales, empezamos a entender las dinámicas que con él se desarrollan. Dinámicas de exclusión, de incomodidad, así como de placer y de seguridad; dinámicas comprendidas, aunque no igualmente percibidas, por quienes deben convivir en determinado espacio. Así pues, la apropiación de estas dinámicas permite que el espacio empiece a ser moldeado según las necesidades de sus ocupantes, un ejemplo lo describe Valentine:

“cuando las mujeres se identifican como lesbianas una de las maneras más frecuentes de reducir el riesgo de que la familia y amigos se enteren es *estableciendo barreras geográficas entre las identidades pasadas y presentes* mudándose de los lugares donde tienen una identidad heterosexual establecida y creando una identidad lesbiana (en el hogar, trabajo y en la comunidad) entre extraños. (Valentine, 1993, p. 243) (Cursiva de la autora, traducción mía)

De manera que se empieza a negociar el espacio y las identidades, se empiezan a construir en “la movilización temporal y lingüística del espacio, y en la medida en que nos movemos *a través* del espacio dejamos huella con momentos Utópicos y Distópicos sobre la vida urbana.” (Munt, 2004, p. 113); lo cual permite considerar que el espacio, junto con las identidades se encuentran en un juego de movimientos y estrategias, donde se negocia la ocupación, la visibilidad, el ocultamiento, la forma del espacio, los límites y las posibilidades.

Sin embargo, como menciona Valentine (2008), los espacios no son producidos de una manera uniforme, lejos de esto, la “identidad de los espacios, con las identidades de los individuos” (2008) están siempre atravesados por contradicciones y tensiones; lo cual permite pensar en las fugas a través de aquellas tensiones y movimientos. Esta es entonces una forma de resistir a las formas hegemónicas; el constante movimiento de las subjetividades permite que los márgenes y los centros del espacio cambien al compás de dichos movimientos (Munt, 2004, p.107); “performando sus deseos en una manera que produce otro espacio” (Valentine, 2005, p.147), el espacio entonces tiene la potencialidad de codificarse y re-codificarse constantemente, de manera temporal, se puede (re)producir (Valentine, 2008), en un mismo momento puede ser codificado por unas personas de una manera, y en el mismo momento ser codificado por otras de otra, es decir, el espacio nunca es único, fijo o estable. Entonces, los sujetos ocupan el espacio así como éste los ocupa (Munt, 2004, p.113).

Así pues, Hubbard (2000) afirma:

(...) el análisis de las conexiones entre género y sexualidad necesitan una interpretación geográfica, lejos de ser un unificado y monolítico sistema, las heterosexualidades (como las homosexualidades) son obviamente manifiestas en una variedad de diferentes muestras de emoción e intimidad que están inscritas en una variedad de diferentes paisajes. Esto es por lo tanto evidencia que diferentes espacios pueden ser sexualizados o desexualizados a través de

experiencias humanas de anonimato, soledad, ansiedad, voyerismo, exhibicionismo, miedo, movimiento, tacto y así sucesivamente. (Hubbard, 2000, p.193) (Traducción mía)

1.4. El espacio es heterosexual.

El estudio del espacio no es asexual (Valentine, 2005) y la pregunta por los espacios debe ir de la mano con las formas en que “diferentes personas en diferentes tiempos” (Hubbard, 2000, p.192) los sexualizan o desexualizan. En este sentido, la pregunta por la heterosexualidad, como señala Hubbard (2000), no es simplemente una variable explicativa anexada a los análisis geográficos, “más bien es central en la construcción y reproducción de la alteridad y de la diferencia que juegan a través de las “corporalidades y el espacio”” (2000, p.194).

Frente a la comprensión de la heterosexualidad como un espacio temporal significado, Kawale (2004) hace referencia a Gill Valentine, quien a su vez retoma la propuesta de Judith Butler acerca de la performatividad del género para su análisis sobre la heterosexualización del espacio, afirmando:

la heterosexualización del espacio es un acto performativo que es naturalizado a través de la repetición y la regulación, y está arraigado en los espacios cotidianos a través del tiempo en la medida en que parece ser “normal” (Kawale, 2004, p.566) (la traducción es mía)

Valentine (2005), en su texto, continúa:

esta repetición toma la forma de muchos actos; desde las parejas heterosexuales besándose y tomadas de la mano haciendo su camino por la calle, a los anuncios y escaparates que presentan imágenes de familias “nucleares” contentas (Valentine, 2005, p.145). wr624 -

El efecto que tienen estos actos en el espacio es la producción de “supuestos implícitos en las prácticas de la vida pública” (Valentine, 2005) conformando así los “comportamientos adecuados” en la calle. Estos comportamientos adecuados “se congelan en el tiempo para dar la apariencia de una producción “adecuada” o “normal” del espacio.” (2005). En consecuencia, la heterosexualización del espacio se presenta como una relación natural al margen del tiempo y de las relaciones que la constituyen. Estas relaciones que hacen parte de la producción del espacio heterosexual no sólo tienen que ver con la presentación del deseo heterosexual, también tiene que ver con las identidades de género (2005, p.146), que como menciona Butler, sólo tienen sentido en una matriz heterosexual (2005, p.146). De modo tal, la heterosexualización del espacio, tiene una relación necesaria con la producción de hombres y de mujeres, y con la forma diferenciada en que unos y otras ocupan y perciben el espacio, en este sentido, la forma como cada uno y una lo construye. Es importante recordar que la heterosexualidad como régimen otorga comodidades a los hombres que a las mujeres resta, así, el espacio que para una mujer puede resultar incómodo e incluso inseguro puede estar relacionado con la presencia de un hombre u hombres. En pocas palabras, los privilegios de determinados cuerpos están en íntima relación con la manera como ocupan el espacio.

Valentine (1993) en su investigación con mujeres lesbianas, afirma que algunas imágenes sobre el lesbianismo, además de la presunción de la heterosexualidad generalizada, a menudo hacen que las mujeres lesbianas se hagan “pasar” por heterosexuales, y deban elegir dónde y cuándo revelar su identidad sexual. Esta presunción de la heterosexualidad está reforzada por su institucionalización: en las escuelas, los medios de comunicación, el sistema de salud, el lugar de trabajo, la ley, etc. (Valentine, 1993, p.238). Así, los supuestos sobre la heterosexualidad generalizada siguen reforzando los comportamientos adecuados en los espacios cotidianos (Valentine, 2005), son actos repetitivos que construyen como morales o inmorales las “expresiones particulares de la heterosexualidad (...) en contextos espaciales y temporales” (Hubbard, 2000, p.194). Aunque no se deben perder de vista esas formas particulares de las expresiones heterosexuales, ya que “Los espacios raramente están producidos en una manera heterosexual singular, uniforme (incluso si esta es usualmente la performance hegemónica del espacio” (Valentine, 2005, p.149); así “el terreno moral de la heterosexualidad no simplemente está formado por un poder dominador de control, sino por una más compleja espacialidad del poder, el deseo y la repugnancia” (Hubbard, 2000, p. 200) que anima a adoptar determinadas identidades sexuales.

Un aspecto importante en este punto sobre el espacio heterosexualizado es la visibilidad/invisibilidad. Como menciona Hubbard (2000), muchas inscripciones o etiquetas espaciales resultan evidentes sólo para quienes no son conformes a ellas.

Así “mientras los heterosexuales tienen la libertad de performar su heterosexualidad en la calle –porque la calle se presume que es un espacio heterosexual- a los disidentes sexuales (...) sólo se les permite “ser gay en espacios y lugares específicos” (Valentine, 2005, p.145). Reafirmando la heterosexualidad como forma natural en el espacio. De manera que, la heterosexualidad se inscribe en los espacios públicos y privados como la ideología dominante (Duncan, 2005). Duncan (2005) menciona la dificultad que tienen las personas heterosexuales para ser conscientes que “sus espacios invocan una sexualidad”, mientras que para las disidentes sexuales cualquier acto fuera de lo común de acercamiento o de “evidencia” de homosexualidad, es siempre la invocación a la sexualidad disidente, por eso se condena a lo oculto. Confinamiento que hace parte de la organización de la ciudad, como afirma Hubbard (2000): “Como tal, la ciudad organiza y “naturaliza” la heterosexualidad en tanto como divide y confina identidades sexuales a través de espacios públicos y privados, definiendo las locaciones apropiadas para específicos performances sexuales.”(2000, p.211). En este sentido, la heterosexualidad como sexualidad dominante en los espacios, interacciona tomando lugar también entre los actores sexuados (Duncan, 2005). De tal manera que se construye negativamente la homosexualidad, como biológicamente inferior, sexualmente perversa y moralmente corrupta (Valentine, 1993); para el caso de las lesbianas, Valentine (1993) menciona que ellas soportan adicionalmente el estigma de “ser construidas negativamente en oposición a los hombres”, además “como agresivas, feministas odia hombres cuya ira deriva de su inhabilidad física para atraer a un hombre ‘real” (1993, p.240).

Sin embargo, existen siempre los “otros”, quienes experimentan contra la corriente el espacio heterosexual, y que producen sus propias relaciones espaciales a partir de esa lectura de la heterosexualidad (Valentine, 2005), y son quienes averían el perfecto engranaje propuesto por las formas dominantes. Aquellos develan lo que la autora menciona, citando a Alan Sinfield, sobre las categorías ideológicas:

(...) las categorías ideológicas no pueden contener las confusiones que deben liberar en el intento de lograr el control. Es por eso que observamos que la heterosexualidad se sumergió en la incoherencia y la ansiedad; es agresiva porque es insegura” (Sinfield 1993). Esta inseguridad a menudo se manifiesta bajo la forma de regímenes regulatorios que limitan las posibles performances de identidades de género y sexuales, para mantener la “naturalidad” de la heterosexualidad. (Valentine, 2005, p.147) (La traducción es mía)

Es esta misma inseguridad la que genera violencia, en particular la relacionada con las identidades de género, por ejemplo, Valentine (2005) refiere que:

Hay también diferencias de género en la geografía de los ataques homofóbicos – las lesbianas reportan mayores encuentros violentos en la “calle heterosexual” que los hombres gay. [...] En muchos casos estos incidentes no son “provocados” porque las lesbianas estén articulando su sexualidad, por ejemplo besándose o abrazándose, sino porque no están performando su identidad de género en una manera heterosexualmente “apropiada”. (Valentine, 2005, p.148) (La traducción es mía)

Precisamente esa inseguridad debe ser maquillada a través de regímenes regulatorios (incluida la autorregulación), pues los espacios de la heterosexualidad están siempre bajo la amenaza de los disidentes sexuales que están constantemente “(re)negociando la manera como los espacios cotidianos son producidos” (Valentine, 2005, p.149). Es este control sobre la manera como se produce el espacio heterosexual el que permite la reproducción de su hegemonía (2005), permitiendo la perpetuación de “inequidades espaciales entre grupos sexualizados en un nivel emocional.” (Kawale, 2004). En este sentido “un beso no es sólo un beso cuando es realizado por una pareja del mismo sexo en una locación cotidiana.” (Valentine, 2005, p.153)

1.5. La emoción en el espacio.

En el espacio, las emociones importan. Tienen efectos materiales sobre nuestro alrededor e intervienen en “la experiencia de nuestro ser-en-el-mundo”, en ese sentido, tienen que ver con nuestra percepción del tiempo y del espacio; y “nuestro sentido de quién y qué somos es continuamente (re) moldeado por cómo nos *sentimos*.” (Davidson y Milligan, 2004, p.524); es por ello que se hace necesaria la exploración sobre cómo nos sentimos a través del cuerpo (2004). Es decir, la comprensión de las emociones como “formas de saber, ser y hacer” dándole paso a investigaciones que vayan más allá de “los dominios de lo visual, lo textual y lo lingüístico”, como la investigación sobre las geografías del sentir (Cattan y Vanolo, 2011, p.4-5). De hecho, como mencionan Cattan y Vanolo (2011), el espacio es fundamental en la esfera emocional: “muchas veces la fuente de las emociones viene de algún lugar fuera del cuerpo, del entorno, los contextos, y del lugar donde las relaciones ocurren.” (2011, p. 4-5).

Retomando a la socióloga Hochschild (1983), Kawale (2004) se refiere a la emoción como una forma de conocer, enfatizando que cada emoción determina el lugar de quien observa en determinada situación. La emoción resulta también de la interacción social, de tal manera que es relativa a los contextos culturales y a las reglas que operan definiendo las emociones aceptables y comprensibles en contextos particulares (2004, p.566). Davidson y Milligan (2004) afirman entonces, “Las emociones son comprensibles

–“sensibles”- sólo en el contexto de lugares particulares. Igualmente, el lugar debe ser *sentido* para que tenga sentido.” (2004, p. 524).

De manera tal, sentir un espacio y otorgarle sentido lo hace emocionalmente dinámico (2004), la emoción entonces hace parte de los movimientos y las tensiones inherentes al espacio y a las subjetividades.

Este sentir el espacio remite a “nuestra primer y principal, más inmediata e inmediatamente *sentida* geografía [que] es el cuerpo, el lugar de la experiencia emocional y expresión *par excellence*. Las emociones, para estar seguro, *toman lugar* dentro y alrededor de estas escalas espaciales más cercanas.” (Davidson y Milligan, 2004, p.523). En todo sentido estamos hablando de espacialidad. No sólo el habitar la ciudad, sino sentirlo, que toma lugar en el cuerpo, la escala espacial más cercana. Se establece entonces un diálogo “interesalar” que a su vez moldea el espacio que ocupa.

Una de las emociones a través de las cuales se organizan y regulan las ciudades y a aquellos dentro de ellas es el miedo. Según los autores England y Simon (2010), el miedo a menudo moldea los mapas mentales de muchas personas, y en ese sentido, sus geografías cotidianas; son mapas elaborados tanto por experiencias de miedo en determinados lugares, por la asociación de características físicas de los espacios con la inseguridad, y/o por imágenes que se han obtenido al escuchar otras experiencias o consejos (Valentine, 1989). Los autores, England y Simon (2010), afirman que estos “mapas mentales del miedo” se acumulan y construyen durante la vida, y son utilizados para tomar decisiones cotidianas. La manera como estos mapas mentales son expresados es a través de las rutas y las acciones que son finalmente, aquellas decisiones cotidianas (2010, p.203).

Es importante mencionar que esta geografía del miedo está ligada a diferentes nociones de seguridad (England y Simon, 2010), que a su vez son relativas a la posición social y espacial (2010), y como mencionaba antes, el género y la sexualidad, tienen que ver en estas formas de configuración de los espacios. Así, por ejemplo, “a diferencia de los hombres las mujeres encuentran que en el espacio público su espacio personal es frecuentemente invadido por silbidos, comentarios o real ataque físico por hombres extraños. Esta incapacidad de las mujeres de elegir con quién interactúan y se comunican afecta profundamente su sentido de seguridad en público.” (Valentine, 1989, p.386). Estas emociones en el espacio resultan entonces evidencias de las normas heterosexualizadas de la calle (Kawale, 2004), así como de lo que se puede y no se puede en ella hacer.

De modo que es necesario “priorizar la emoción como forma de entender la vida socio-espacial.” (Davidson y Milligan, 2004, p.527) y para entenderla como evidencia, en el caso de esta investigación, del régimen heterosexual como régimen socioespacial y temporal.

1.6. Vigilancia.

“Así como ciertas apariencias “van con” ciertos lugares heterosexuales, también lo hacen ciertos tipos de comportamientos sociales.” (Valentine, 1993, p.242), esta idea había sido desarrollada previamente cuando se hablaba de la importancia del espacio en el afianzamiento de normas sociales; pero este apartado se concentra en los

comportamientos específicos, en la forma como se llevan y se negocian las conductas en el espacio heterosexualizado. Así pues, Valentine (1993), compara el contacto físico permitido entre personas de sexos opuestos y el de personas del mismo sexo, en ambientes públicos como el sitio de trabajo y afirma que, el contacto entre personas del mismo sexo es usualmente tabú, lo cual conduce a que muchas “mujeres gay” se sientan libres de tener contacto o de expresar afecto público con otras únicamente en su casa o en “espacios gay” (1993, p.242). En los momentos en los que el “contacto tabú” se presenta en el espacio, empiezan a aflorar miradas; unas que se voltean con intención hostil, como menciona Munt (2004), inicia un “acoso visual y verbal”, una vigilancia que va de la mano con la auto-vigilancia.

Esas miradas aparecen porque las normas espaciales de género y de sexualidad se están viendo desequilibradas, y son tan potentes que ellas mismas producen las identidades de los sujetos en el espacio, incluso más allá de los sujetos mismos; así, muchas veces una mujer masculina puede ser vista como lesbiana, así ella no se identifique dentro de esa identidad (Valentine, 2005), pero es observada porque su estética le resulta amenazante a las identidades construidas y requeridas dentro del espacio heterosexualizado. Este tipo de acciones demuestran que la “negativa e inferioridad atribuida a ser gay”, además de las imágenes negativas e inexactas sobre las lesbianas, obligan a muchas personas a que “oculten su identidad sexual en diferentes tiempos y en lugares específicos” (Valentine, 1993, p.237) para evadir hostigamientos y hostilidad, de manera que se empiezan a negociar las identidades heterosexuales o asexuales según convenga (1993). Se presenta entonces casi como una obligación que gays y lesbianas a menudo nieguen o disfracen su identidad por miedo a cualquier tipo de agresión (Hubbard, 2000).

Es entonces, que se empiezan a desarrollar estrategias, como aquellas conscientes y planeadas como elegir vivir lejos del trabajo, o tomar reacciones defensivas como dejar de tomarse de las manos con la pareja en lugares públicos, acciones cotidianas convertidas en estrategias (Valentine, 1993). De esta manera, se negocian múltiples identidades sexuales a través del tiempo y del espacio (1993), y se es selectiva sobre con quién y en dónde se sale del closet (Kawale, 2004). El trabajo sobre el comportamiento se administra según el lugar, la hora y el contexto.

En el mismo sentido se encuentra la auto-vigilancia: se vigila el vestido, el comportamiento, los deseos (Valentine, 2005). Se negocia la identidad “pasando” por heterosexual (2005, p. 241 – 242) inventando el nombre de una pareja hombre y cambiando el pronombre ella por él. Aunque muchas veces se juegue también con identidades ambiguas evitando el tema sobre la vida privada.

“Las lesbianas por lo tanto a menudo terminan con múltiples identidades sexuales. Por ejemplo: Janice es una secretaria que vive con su pareja. En casa ella es lesbiana; en el vecindario local, los vecinos y el hombre de la leche asumen que dos mujeres comparten casa por razones financieras; en el banco ella es una mujer soltera asexual orientada a su carrera, viviendo sola; en el trabajo sus colegas la perciben como heterosexual.” (Valentine, 1993, p.242) (La traducción es mía)

Valentine (1989) afirma que la elección que hacen algunas mujeres lesbianas de determinada estrategia de enfrentamiento y su uso del espacio público está determinada por su edad, ingresos y estilo de vida.

Es importante considerar la vigilancia como mecanismo estratégico de ocultamiento en la ciudad, en la calle; como una forma de volverse invisible ante los ojos que se abren a las formas de presentación que desafían el orden heterosexual. Un orden que, con todo lo que implica, pasa inadvertido frente a los ojos adaptados a su régimen. De manera que, en el espacio heterosexual no se permiten otras formas de ocupación, y eso todo el mundo lo sabe, así que se ocultan y pasan como heterosexuales para no alterar el orden “neutro” que disfraza el régimen heterosexual. Así por un lado se evitan agresiones, y por otro, se reafirma el espacio heterosexual como único y natural.

2. Capítulo 2

Mi lectura espacial

Durante un tiempo pensé mucho en las agresiones, en mis reacciones y en lo que a otras les pasaba, pensé en Bogotá y en todos los lugares que recorría, pero no pensaba en el espacio, en los lugares como protagonistas; más bien se me ocurrían como parte de la descripción, como detalles para ubicar en un punto específico, como una indicación a quien me pudiera leer. Claro, eso es muy importante, pero no abraza todo el sentido que luego iba a descubrir, era el espacio apenas un receptáculo en el que todo ocurría, un piso inerte que no tenía más que ofrecer que ser un punto de referencia (ahora entiendo que incluso nombrarlo así me arroja un montón de posibilidades e ideas). Así pues, ese fue mi primer acercamiento, tímido, distante, y sí, algo corto de imaginación. Como ejemplo, a continuación se puede leer un fragmento de lo que escribí cuando estaba acercándome al análisis de los espacios, los recorridos, los lugares y las rutas:

Bueno, antes debo decir que ella vive en la calle 147 con 12 más o menos, dice que es Cedritos pero al parecer es otro sector que se llama Caobos Salazar. Yo, vivo en Suba, Suba – Salitre, sobre la vía Cota, cerca de la 170, en la calle 161 con 92. Esto es norte y noroccidente de la ciudad, más cerca de Cota y Chía que del centro, es decir, más lejos que cerca ¿de qué? De TODO. Puede imaginarse el tedio que es movilizarse, porque no es sólo la distancia, a eso hay que sumarle los trancones, los buses llenos, ojo a los bolsillos, hora pico, hora valle, hora la que sea, cansancio, maleta pesada, y básicamente, muy poca disposición. De manera que, para hacer más ameno el trayecto nos acompañamos hasta algún punto: por ejemplo, cuando salimos de la universidad, algunas veces yo cojo el bus que a ella la deja cerca de su casa, uno que pasa por la carrera 30, en el sentido Sur – Norte, y que dice Inmaculada o San Cipriano; esos van por toda la 30, derecho hasta tomar la novena, en la 147 con novena ella se baja, ahí se ve un oxo, y camina por la 147 hasta la 12. Hasta ahí la acompañó porque yo sigo en el bus, que va por la novena y más adelante se mete por unos barrios, pasa frente a la Clínica Cardio Infantil, más barrios y llega a la calle 170, unas cuadras al oriente de la autopista. Cuando el bus cruza la 170, de Sur a Norte, me bajo en el Levelma⁵, ahí espero a que pase el que va por la 170 hacia el occidente, luego toma la vía Cota hacia el Sur y en la esquina de la droguería me bajo, camino una

⁵ El nombre completo del lugar es Lácteos Levelma. Antes, era un lugar pequeñito donde vendían postres, yogur, kumis, quesos, obleas, helados; ahora venden lo mismo pero es grandísimo, lo bueno es que sigue siendo muy rico. Aquí está la página web por si se antoja <http://www.lacteoslevelma.com/>

cuadra al oriente, una al norte y llego a mi casa. No es problema que tenga que pagar dos buses, porque sea cual sea la ruta me toca hacerlo, lo que no me gusta es que en la noche la 170 es muy sola y me asusta un poco, además siempre hay algo en la 170 que hace trancón y me demoro más en llegar, así que esas ocasiones en que la acompaño es cuando no tengo muchas cosas que hacer o no es tan tarde en la noche, entre otras cosas porque esos buses dejan de pasar a las 8 o 9 de la noche así que ni modo.

Este era un trayecto habitual, cotidiano, pero aún no comunicaba mayor idea que la ruta que tomábamos, inicialmente acompañada, luego sola. Inició como una mera descripción de lo físico, cómo estaba organizado, las rutas que yo podía tomar y los ejemplos que tomaba de esas rutas. Pero, como mencionaba antes, era un acercamiento muy tímido a toda la potencia que tiene el espacio, y de indagar por cada uno de los lugares. Esta experiencia de descripción de trayectos era un acercamiento al espacio que yo habitaba y la manera como me relacionaba con determinados lugares y espacio; intentaba, de alguna manera, encontrar tal vez en los recorridos, la posibilidad de hacer más explícito lo que tenía que decir sobre mi relación con el espacio. Este punto pensaba en cartografía y en una buena manera de dibujar la experiencia.

De modo que, continuando la búsqueda de sentido a todas las situaciones que escuchaba una y otra vez, y me sucedían una y otra vez, llegué a las geógrafas feministas por recomendación a una de las lecturas de mi proyecto de investigación. Algo leí, y todo el panorama se amplió, emergieron una gran cantidad de posibilidades, de preguntas sobre las relaciones posibles entre las divisiones de género y las divisiones espaciales, en las maneras como se constituyen mutuamente y, como suele suceder con los intereses, enfoques, investigaciones feministas, “mostrar los problemas ocultos tras su aparente naturalidad.” (McDowell, 2000, p.27), la naturalidad que esta vez tenía que ver con el espacio. Con todo esto, el espacio y los lugares se me presentaban distintos a la vista, a las sensaciones y a las posibilidades.

El espacio cobró otro matiz, entendí que puede verse en dos vías; por un lado hace parte de la configuración del tipo de relaciones que en él se desarrollan, relaciones socioespaciales “normales”, y por otro, esas mismas relaciones lo configuran, lo cargan y le otorgan sentidos; de esta manera, el lugar no es un testigo mudo (Massey, 1994), no sólo se presta como un recipiente para que operen determinadas relaciones y sujetos, sino que él mismo tiene un papel, es agente. El lugar también está construido con ciertos límites que precisan lo que es resaltable a la mirada y lo que no, lo que se debe hacer y lo que no, utiliza una externalidad “anormal” para nombrarse y configurarse. Esos movimientos evidencian la flexibilidad que caracteriza al lugar, el lugar no es sólo uno, es múltiple, construye y es constituido constantemente (Massey, 1994; McDowell, 2000), en él funciona lo visible, pero también lo invisible, “el espacio es conflictivo, fluido e inseguro. Lo que define el lugar son las prácticas socioespaciales, las relaciones sociales de poder y de exclusión; por eso los espacios se superponen y entrecruzan y sus límites son variados y móviles (Massey, 1994; Smith, 1993). Los espacios surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia.” (McDowell, 2000, p.15). Esa relación de mutua constitución con las relaciones sociales y de poder, permite pensarlo con un sentido político en la medida en que la manera como se ocupan, tiene una resonancia política, tiene consecuencias e implicaciones, ocupar o no un espacio o un lugar siempre significa algo.

Hacer o dejar de hacer no pasa desapercibido en la constitución del lugar. Como menciona Andrea Lacombe (2009) en su texto "La arquitectura del deseo: gramáticas del espacio y socializaciones lésbicas" en el cual utiliza su experiencia en campo sobre un club de Copacabana, donde se realizan bailes periódicos a los que asisten mujeres lesbianas, "Los lugares no son simplemente depósitos inertes; están politizados, culturalmente relativizados, históricamente contruidos y percibidos a partir de diferentes posiciones en relación con el trato que los actores les dan, o sea, de acuerdo con las posibilidades de acción que supone el uso de esos lugares." (Lacombe, 2009, p.3). Politizados, situados cultural e históricamente, y en diálogo permanente con quienes los habita; los lugares, los espacios, tienen cualidades de movimiento y agencia.

Como móviles, en su construcción mutua de significados, se encuentran en directa relación con la construcción del género; menciona Massey (1994), "los espacios y lugares, y el sentido que tenemos de ellos están generizados completamente." (1994, p.186), y de múltiples maneras que pueden verse en lo cultural y en el tiempo, así el espacio y el tiempo resultan ser evidencias de la producción y reproducción del género, con la consecuencia de construirlo y entenderlo como lo entendemos en las "sociedades en las que vivimos" (1994, p.186). Con esto, se sigue alimentando la idea de que el espacio, lejos de ser algo inerte o un "depósito de la acción social", resulta ser un "elemento significativo en la construcción de identidad" (McDowell, 2000, p.105), tiene sentido entonces decir que el espacio es también sexuado, y en él "las relaciones de género y la sexualidad están «espacializadas»." (2000, p.101).

La división binaria que supone la comprensión del género, tiene que ver en la producción social del espacio, en la medida en que define y delimita lo que es un entorno "natural" de uno fabricado, división que tiene consecuencias a su vez en la delimitación de "quién ocupa determinado espacio y quién queda excluido de él" (McDowell, 2000, p.26), se puede elegir quién es normal y quien no, de tal manera que encaje con este o aquel espacio. Así, los espacios soportan la división binaria del género, idea que aporta a la propuesta de Wittig (2006) y Lugones (2008) sobre el dimorfismo biológico y las estrategias a través de las cuales se produce y reproduce el régimen heterosexual, o el sistema moderno colonial de género; por esto, el análisis espacial, además de ubicar geográficamente, deja ver cómo funciona la estrategia de interiorización, naturalización y reproducción del régimen.

Sobre la creación de sujetos normales que logren encajar en determinado espacio, Preciado (2008) menciona que "la invención de nuevos sujetos sexuales a finales del siglo XIX (heterosexualidad/homosexualidad, normal/perverso, histérica/casta, masturbador/reproductor, etc) es inseparable de la circulación de estos cuerpos en espacios que actúan como teatros de subjetivación." (2008, p.13), es decir, el género y los sujetos sexuados deben verse siempre a la luz de la dimensión espacial. En esta medida, las ciudades y las sexualidades dialogan necesariamente con las "dinámicas de la vida social humana." (Knopp, 2004, p.1 del pdf), a la vez que la forman y son formadas; esto permite que se conviertan en evidencia de cómo se organiza la vida social, y de la manera como determinados grupos se relacionan con esos órdenes. Ejemplo es la creación de límites para las mujeres lesbianas en el espacio público en Bogotá, acá, tanto la ciudad como las sexualidades permitidas.

La preocupación entonces por el espacio como agente en la producción de sujetos y relaciones que en este análisis se encuentra, pasa por los espacios públicos, indagando a su vez por la división público-privado y los matices que la atraviesan. Específicamente,

cuando acá hablo de espacio público me refiero a aquellos lugares que inicialmente se puede pensar que se recorren sin aparente restricción (asunto también problemático); un espacio donde, en lo que podría ser una idea generalizada, podrían pasar u ocupar todas las personas. Andenes, calles, parques, cines, restaurantes, taxis, espacios donde se debería poder estar libremente; aunque, en una idea más elaborada, como menciona Preciado (2008) “Lo que caracteriza al espacio público en la modernidad occidental es ser un espacio de producción de masculinidad heterosexual. Bajo la aparente indiferencia de nuestros espacios democráticos, como ha detectado Eve K. Sedgwick, subyace la paradójica y constitutiva relación entre homofobia y homoerotismo: el espacio público se caracteriza al mismo tiempo por la exclusión de la feminidad y la homosexualidad y por el placer derivado de estas segregaciones.” (2008, p.11 del pdf), diría además, los espacios públicos segregados por las posibilidades de acceso a determinados servicios, por el dinero, restricciones al acceso por políticas discriminatorias racistas, clasistas, lesbofóbicas, disfrazadas con eufemismos sobre la exclusividad o excusas ambiguas que se “reservan el derecho de admisión”. El espacio público, con su aparente apertura a los sujetos que habitan o transitan la ciudad, tiene una cantidad de regulaciones que obedecen al establecimiento de unas normas que rigen los límites para su ocupación, “ahuyentando de la vista comportamientos que son en varios casos repugnantes” (Duncan, 2005, p.140).

2.1. Ubicando

Los límites y las regulaciones que establece el espacio público están marcados por la exclusión y el castigo, en el caso de las lesbianas que recorren algunos lugares de la ciudad, por los hostigamientos, las injurias, y muchas de las agresiones posibilitadas en un espacio tomado por la heterosexualidad. Adicionalmente, encontrar las fisuras socioespaciales que estas mismas mujeres han descubierto.

El espacio como relación construida y constituyente de poder no escapa a las lógicas de la colonialidad/modernidad y la producción de subjetividades. Es importante ubicarme geopolíticamente, dar cuenta cómo el lugar, donde emergen y se narran las experiencias de las mujeres lesbianas que hicieron parte de este proceso investigativo, está constituido por unas relaciones capitalistas de administración del espacio y cómo lo público ha sido administrado de una manera generizada.

Geográfica y demográficamente, podemos ubicar a la ciudad de Bogotá *en el centro del país, en la cordillera oriental, con una extensión aproximada de 33 kilómetros de sur a norte y 16 kilómetros de oriente a occidente; es la capital del país y cuenta con 8.009.640 habitantes* (Secretaría Distrital de Planeación, 2013). Pero más allá, Bogotá es la capital de un país suramericano, de un Estado Nación constituido bajo el modelo político occidental, colonial/moderno.

Colombia posee un alto índice de desigualdad, una dependencia económica marcada por los modelos de desarrollo impuestos en el resto de América Latina por el Fondo Monetario Internacional y el Banco mundial, constituyéndose como periferia de los procesos de producción de capital a nivel mundial y a su vez con pequeños centros a su interior determinados geopolíticamente por la concentración de unidades de producción de capital como los centros financieros, centros administrativos del Estado, centros de producción de conocimiento, etc. Bogotá, entonces, más allá de ubicarse

geográficamente en el centro del país, es uno de sus centros económicos y políticos. Aun constituyéndose como una de las ciudades con privilegios relacionados con el acceso a recursos, la presencia estatal y la acumulación de capitales, cuenta con una organización geoespacial caracterizada por la exclusión-inclusión en la que ubica en sus periferias a su población más pobre y marginada. Existen 20 localidades, divisiones administrativas, que mantienen la relación espacial y política de centro-periferia, pero a su vez administran una gran diversidad de personas.

Las mujeres lesbianas que contaron sus historias para esta investigación frecuentan algunas de estas localidades, Fontibón, Teusaquillo, Chapinero y Santa fe, localidades que no hacen parte de la periferia de la ciudad pero reflejan muchas de las problemáticas relacionadas con la apropiación y goce del espacio público por parte de las mujeres en el resto de la ciudad. Por un lado Fontibón está ubicada al occidente de la ciudad, la cual concentra una importante zona industrial y el uso del suelo en su mayoría es residencial, la población que la compone se clasifica en estratos socioeconómicos 2 y 3. Mientras tanto localidades como Teusaquillo y Chapinero, son localidades en las que los sectores se encuentran estratos 3 al 5, cuentan con la presencia de la mayoría de centros universitarios, centros comerciales y lugares de “socialización gay” en la ciudad.

El espacio también está generizado y una de las formas en que se hace evidente son las marcas que la violencia contra las mujeres nos permite rastrear. Al igual que muchas de las ciudades de América Latina, Bogotá cuenta con una gruesa cifra de violencias contra las mujeres; para la muestra, en el 2014 se registraron 3.332 casos de violencia sexual, de los cuales de cada 100 mujeres agredidas 10 fueron víctimas en el espacio público. En relación a la violencia física contra las mujeres, alrededor de 24.865 casos ocurrieron durante este mismo año, de los cuales de cada 100 mujeres víctimas, 29 casos ocurrieron en la calle. Para el año 2013 se registraron 131 casos de asesinatos de mujeres –femicidios–, distribuidos en 15 de las veinte localidades de la ciudad. Barrios Unidos, Fontibón, La Candelaria y Sumapaz no dan cuenta de ningún hecho. El subregistro para esta información en el ámbito distrital es del 3% -en el caso de los feminicidios, el asesinato de mujeres en relación con su género aún no se establece oficialmente dentro de las cifras que recogen las entidades del Estado. (Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. NMLCF. Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Base SICLICO, 2015). En relación a las violencias que se tejen en los espacios públicos, específicamente sobre los cuerpos de las mujeres lesbianas, el Estado no reconoce alguna importancia, sus instituciones no logran captar y hacer visible las especificidades de la violencia heteronormativa que se ejerce sobre estas mujeres. En los reportes oficiales la identidad de género ni la orientación sexual son registradas.

Chapinero fue una zona bastante mencionada, particularmente por ser un espacio en el cual funcionan bares, discotecas y cafés, para personas no heterosexuales. Esta recurrente mención, no hace referencia a toda la localidad, sino a unas cuadras específicas en las cuales se ubican aquellos establecimientos.

Con respecto a Chapinero, es común escuchar que algunas personas se refieren a ella como “Chapigay”, forma evidente de denotar que para la ciudad, esta es una zona con amplia presencia de personas no heterosexuales o con identidades de género y sexuales que no obedecen a la norma hetero. Al tiempo que la presencia de estas personas, posibilita la permanencia y existencia de estos establecimientos. Cabe mencionar, que esta percepción frente a toda la localidad también está relacionada con los caminos que se deben recorrer para llegar a los bares; recorridos que se hacen en pareja, en grupos,

y que van configurando estos caminos como parte de lo “gay” que tiene Chapinero. En particular de la zona comercial de la localidad.

Por otra parte, además de los bares y zonas de rumba, se ha instalado un “mercado en torno a la homosexualidad”, según relata Fernando Ramírez (2014), quien desde su experiencia en la zona desde 1990, ha logrado ser testigo de la manera como se fue configurando y transformando el sector. El autor menciona que en aquél momento, “empiezan a emplazarse lugares para hombres y mujeres no heterosexuales que mantenían en secreto sus actividades por la vigilancia y abusos policiales”, a la vez que este mercado empezaba a visibilizarse, de la mano con las primeras marchas gay. (Ramírez, 2014, p. 29)

Ramírez menciona en particular el surgimiento de Theatron para el año 2002 como uno de los establecimientos comerciales (discoteca) más importantes y que “cambiaría por completo la percepción del espacio sexual de Chapinero” (2014, p. 29), en particular ofertado para la homosexualidad masculina. Theatron con el tiempo aumentaría su área para convertirse en “un gran complejo de cinco pisos con once ambientes musicales a los cuales puede acceder el cliente por un precio no menor a treinta mil pesos.” (2014, p. 29). Estableciendo así un primer requisito relacionado con la reserva de admisión, la posibilidad de pago.

De la mano con estas transformaciones en la localidad y su incidencia en la percepción por parte del resto de la ciudad, durante la administración del exalcalde Luis Eduardo Garzón surge el Decreto 608 de 2007 “Por medio del cual se establecen los lineamientos de la Política Pública para la garantía plena de los derechos de las personas lesbianas, gay, bisexuales y transgeneristas - LGBT - y sobre identidades de género y orientaciones sexuales en el Distrito Capital, y se dictan otras disposiciones”, lineamientos que harán parte de la “inclusión de la diversidad sexual en la política distrital de Bogotá (2014, p. 30), y con ellos, la intención de que Bogotá fuera una ciudad más incluyente y respetuosa con cada uno de sus habitantes.

De esta manera, Chapinero fue transformando su dinámica en relación con quienes ahora más la frecuentaban, a la vez que el uso del suelo, el mercado y sus antiguos residentes (2014); de la mano con una transformación que llegaría a resonar en el resto de la ciudad.

Posteriormente llegaron otras estrategias y disposiciones para el Distrito con el propósito de continuar adelante con su objetivo de inclusión. Es el caso de una estrategia o campaña en 2011 “En Bogotá se puede ser”, con la cual se propuso, a través de imágenes puestas por la ciudad, de mujeres lesbianas, hombres gay, personas bisexuales y personas transgeneristas, difundir la política pública LGBT, disminuir el prejuicio y dar a conocer los conceptos relevantes relacionados con esta política pública. Por mi parte, me encontré en repetidas ocasiones con las imágenes y en redes sociales bastante se comentaba al respecto, desde varios puntos de vista.

Si bien fue una estrategia que incluía a toda la ciudad en una propuesta de cambio, y las posibilidades de ser visibles iban creciendo, aún seguíamos recibiendo señalamientos, y agresiones en distintos lugares; es de esta manera que en 2012, por iniciativa de un grupo de amigas y a raíz de múltiples eventos de rechazo o de expulsión de lugares por manifestaciones públicas de afecto, surge un grupo inicialmente en redes sociales llamado “¿Se puede ser en Bogotá?” (Facebook, 2012) Cuyo propósito era crear red

para hacerle frente o adelantar acciones directas en aquellos lugares en los cuales habíamos sido agredidas por ser lesbianas visibles.

Así la descripción del grupo es *Estamos cansadas de que nos confinen en los llamados bares gay, por eso, precisamente porque soy "gay" y no nos merecemos simplemente un armario más grande, ni la misoginia de algunos --a veces demasiados-- de los hombres que allí van; estamos cansadas de ser la fantasía sexual de los hombres en los bares hétero, señores, nuestros besos, nuestro deseo, nuestro amor nos pertenecen a nosotras no a ustedes, no hacen parte de su catálogo de consumo; estamos cansadas de ser la "comidilla" para los dilectos comensales de esos bares; estamos cansadas de ser expulsadas de ellos o de ser "corregidas", de que se nos "llame la atención" cuando somos lesbianas visibles; estamos cansadas de no poder habitar las calles por ser mujeres o de habitarlas bajo la amenaza de sus "piropos", su manoseos, sus insultos, sus agresiones que nos asquean, nos asustan, en resumen, nos violentan; estamos cansadas de no poder ir tomadas de la mano por esas mismas calles: nuestros besos, nuestros abrazos no son leídos de otra manera que como un "espectáculo" cuando no bochornoso, pornográfico. No queremos su aceptación, ni caber en su decencia y menos en sus manidas fantasías; queremos tomarnos los espacios, porque sí, porque son nuestros. Vamos por las calles, por la noche, por los bares, por los parques.*

Este grupo surge como una propuesta de apropiación de espacios por parte de las mujeres lesbianas de la ciudad, de hacerlos propios sin pasar por ningún tipo de filtro. De manera que las acciones directas fueran una estrategia de hacer espacios lesbianos temporales para comunicar nuestra existencia, presencia y resistencia.

Por otro lado, es una respuesta a la fragmentación de la ciudad y la posibilidad de ser visibles sólo en determinados sectores, es decir, a una privatización de la visibilidad. De esta manera, se evidencia los pasos adelante frente a la exigencia en la marco de unas transformaciones que deben continuar.

2.2. Las difíciles casillas de lo femenino y lo masculino

Una mis experiencias en la calle es la dificultad en la lectura o la dificultad de ubicarme en un lado u otro del binario. ¿Hombre? ¿Mujer? "señor, perdón, señorita" "buenas tardes caballeee señorriiii... Buenas tardes", esto por la manera como llevo mi cuerpo. Muy similar a lo que les sucede a Cristina y a Andrea:

*A mí me pasa una cosa, y es que a mí la gente me ve como un hombre, cuando yo voy con Paola cogida de la mano y la gente no lo nota... Sí hay momentos... Yo sé que me ven como un hombre. **Cristina***

*A mí me pasa algo similar, pero no violento, me confunden todo el tiempo (si soy niña o niño). Me ven por detrás y me dicen "perdón bacán" y luego por delante y: "discúlpeme señorita, que vergüenza"... Corrigen siempre el género, las personas que están cerca lo corrigen cuando me confunden en todas partes y todo el tiempo en la calle y en la familia. A mí me da igual, no me importa, los que lo corrigen son quienes están cerca. **Andrea***

Cuando el género no encaja, cuando la manera como se lleva el cuerpo y la correspondencia sexo-género no obedece a lo que se espera, además de la corrección inmediata o de la incomodidad que esto pueda generar a quien debe hablar con nosotras, existen algunas respuestas agresivas:

Íbamos saliendo de un bar con una novia, de la mano, en la 50 con 7 en frente de Changó y un man cogió a mi novia y la empezó acosar, yo me metí y se enloqueció, me preguntaba si era hombre o mujer (gritando). Para saber si pegarme o no. “¿usted es un hombre o una mujer?” yo le respondía ¡qué le importa! El man no se calmaba. El man gritaba ¡¡¡Lesbiana!!!

Otra, en un bus me estaba robando, era una chica la que me estaba robando, me bajé y le grité ¡ladrona! y ella volteó todo y me empezó a gritar “arepera, ladrona, me están robando!”. En la 53 con 7. Me tocó meterme a un Juan Valdez y llamar a la persona con quien me iba a ver y decirle que me iban hacer algo en la calle, que viniera por mí. Ese miedo tan absurdo, eres arepera y aparte ladrona... paila.
Andrea.

Aunque hay otras ocasiones donde “parecer hombre” o ser leída desde la masculinidad, representa otra relación en el espacio, en la calle:

Eso para mí es un escudo, lo entendí después de conocer historias de otras chicas que tuvieron experiencias horribles en la calle, hice una reflexión que nunca había hecho y es que a mí esas cosas nunca me pasan. Nunca un hombre me ha acosado en la calle, ¡pues claro! Es que a mí la gente me ve y piensa que soy un man, lo entendí hace poco, frente a historias de otras chicas. **Cristina.**

En ambos ejemplos, tanto las agresiones como la posibilidad de mimetizarse en el espacio, son evidencia de la manera como se privilegia la ocupación heterosexual, donde la posibilidad de ocupar tranquilamente un espacio hetero se presenta como la mejor oportunidad para agredir, se agrede porque, además, se tiene todo un espacio que lo posibilita. Es decir, las agresiones como manifestación de la ostentación del privilegio de ocupar y reclamar un espacio construido de manera hegemónica. Los comentarios o las molestias se presentan como eso, como la imposibilidad de que otros cuerpos reclamen como suyo ese espacio que ocupan, o que lo ocupen.

Otro elemento a resaltar es la movilidad y posibilidad de metabolizar que tienen el espacio y el régimen heterosexual, es decir, de acomodarse fácilmente a ciertas circunstancias, y situaciones; por ejemplo:

Los manes hacen una alianza heterosexual, buscan contigo por ser la machorra... “vea a esa nena cómo está de buena” le dicen. **Andrea.**

En efecto, como menciona Andrea, la búsqueda de la alianza y de ver en la “machorra” la posibilidad de encontrarla, es evidencia de esa fácil movilidad que tiene el régimen para seguir actuando y reproduciendo el binario, en el cuerpo que se le pueda presentar.

Para las que tienen presencia masculina y a las que tienen presencia femenina la violencia es distinta. Cuando yo voy caminando en la calle -la Para yo que no tengo una presencia masculina a mí hay algo que me da mucho miedo y son los skinheads... pero más que todo lo que se me pasa por la cabeza es que a mí lo que más me puede pasar es que me acosen que me digan “que rico”, que hagamos un trio; pero yo me suelto de la mano en la calle es por mi pareja,

*porque a ella la van agarrar a golpes porque tiene una expresión masculina. El miedo es que la agredan a mi pareja porque la ven como masculina. A Nancy le pegaron cuando nos robaron porque ella ocupó ese lugar. Eso es lo que me angustia de andar en la calle. **July.***

En el relato de July logra verse otro matiz que, trata también lo mencionado sobre la alianza, pero en este caso, el trato agresivo por la “expresión masculina”; es decir, continúa el reclamo del espacio para el binario inteligible, ubicando a la mujer masculina en el lugar de un hombre joven que podría recibir un golpe, o que merece ese trato por su expresión de género. Con respecto a este punto, Diana y July hacen una reflexión importante frente a la lectura del género; donde no sólo la mirada externa tiene que ver en la forma como se ocupa el espacio:

*Cuando hacemos un análisis del género podemos decir que hay unas formas de violencias y unas formas de confrontación distintas a las que se ven más masculinas que al menos July y yo vivimos distinto (nos morimos de miedo). Yo he caminado las tres en la noche y ellas se paran, mientras yo busco que me protejan. La feminidad pasa por ahí también, con el miedo de asumir la calle. **Diana.***

*Es que verte débil es ser objeto de muchas cosas. **July.***

Esta autorreflexión y acción en el espacio, de alguna manera conduce a una reapropiación de las posibilidades heterosexuales; es decir, se aprovechan algunas herramientas de la masculinidad para que la calle se presente menos agresiva, estrategias para pasar desapercibidas como usar la capota del saco o no hablar en determinado momento para que la voz no delate. Aunque esto pueda resultar contraproducente, pues en muchas se encuentra también el miedo a que nos agredan para “corregirnos” o para “enseñarnos lo que es un macho de verdad”, continuando con el reclamo de un espacio ocupado inapropiadamente por nosotras las machorras.

Igual el miedo está ahí, me da miedo que me violen en la calle. La calle es un espacio de privilegio para los hombres y un espacio de vulnerabilidad para las mujeres.

*Igual si salgo a las 9 de la noche voy a tener miedo que me salga un violador a si me vean de otra manera, porque yo no soy un man, igual el sentimiento de miedo está ahí. **Cristina.***

*El espacio público para mí es muy inseguro... a mí se me nota, sólo por tener “tetas grandes”, si yo no tuviera o estuviera fajada no se darían cuenta y cuando los manes se dan cuenta que soy una mujer, se ponen muy violentos porque piensan que “estoy retando su masculinidad”, es muy denso a mí me han gritado desde los buses arepera. **Andrea.***

Susan H, con respecto a este punto, relata una situación que reúne lo comentado hasta el momento:

Me acuerdo mucho que habían como tres manes y se nos acercaron por detrás y nos dijeron que apenas eran como 3 para 2, [...] sí era una insinuación muy fuerte y muy violenta, el tono, todo. Y nosotras íbamos cogidas de la mano, y ya estábamos, de hecho, muy cerca de su casa y yo le dije como: “crucemos” y, digamos que la primera sensación es “corre” o “sal de este lugar”, o no me quiero

poner a pelear [...] a ella le hicieron zancadilla y la hicieron caer al suelo, y yo me puse muy nerviosa pero a mí [...] no me pegaron, pero me cogió uno de los manes las manos por detrás de la espalda y me cogió la cabeza y me decía “mire, mire lo que le hacemos a su machito para ver si es que necesita algo así alguien así y no puede encontrar un hombre de verdad. A ella le pegaron varias patadas y le pegaron en la espalda muy fuerte y la dejaron ahí y salieron corriendo y se fueron riendo. Susan H.

Un elemento a resaltar es que pocas veces se menciona el lugar exacto donde ocurrió lo contado, o las características físicas específicas de ese espacio, en el caso de Andrea fue saliendo de un bar en la localidad de Chapinero, y Susan, fue en el norte de la ciudad en la calle 170 con Avenida Boyacá. Este aspecto, si bien no es el único a tratar en los análisis espaciales, o no agota las posibilidades de su análisis, es importante a la hora de ver otros factores que constituyen también determinado espacio.

Tales factores podrían considerarse incluso frente al desafío de imaginar formas de organización física del espacio fuera de los que la norma heterosexual ha establecido, o frente al papel que desempeña la posición de los objetos en la calle (pocas luminarias, basura, pasto largo, etc.)⁶ en el momento de leer un espacio como seguro o inseguro para las mujeres; o la posibilidad de moverse estratégicamente, por ejemplo, cambiar de cuadra o pasar la calle.

La violencia contra las lesbianas machorras se encuentra relacionada con la división público-privado del espacio, en el sentido en que las machorras desafiamos no sólo una estética femenina tradicionalmente asociada a la manera como deben ser las mujeres; sino una sexualidad lésbica que pone en entre dicho la forma como deben relacionarse mujeres y hombres, un desafío absoluto al régimen heterosexual. “Se nos nota” lo lesbianas y no lo podemos relega a lo privado porque nuestra sola presencia lo grita, lo hace presente, lo espacializa, como menciona McDowell (2000), haciendo referencia a Butler, la “(...) ficción reguladora de la heterosexualidad. Con los actos, los gestos y la vestimenta construimos o fabricamos una identidad que se crea, se manifiesta y se sostiene gracias, entre otros, a los signos corporales.” (2000, p.86), nuestros signos corporales, nuestros gestos, y ropa de machorras desafía de alguna forma la regulación espacial. Incluso, aquellas mujeres masculinas en la calle que no se identifican como lesbianas, desafían el código hetero espacial y performático de lo público y lo privado.

Adicionalmente, desmontamos la anhelada correspondencia que erige la inteligibilidad de los sujetos (Butler, 2002) y la cual esperan de nosotras en la calle o en espacios entendidos como públicos. De esta manera despojamos a los hombres de la estética masculina a través de nuestra ropa, el pelo, la manera como caminamos, y demás; y empezamos a relacionarnos con los espacios fracturando la inteligibilidad, y así abriendo grietas (algunas dolorosas o peligrosas) a nuestro paso.

2.3. El taxi

En principio, no había intención de describir cada lugar o cada espacio por el que pasaban las mujeres entrevistadas en detalle, o hacer de cada uno de ellos un subtítulo describiendo sus particularidades físicas, relacionales; pero la mención recurrente de

⁶ Diagnósticos Locales de Seguridad y Convivencia para las Mujeres (2014).

experiencias incómodas o agresivas en los taxis, hizo que se pudiera alimentar el análisis teniendo en cuenta este único lugar. De modo que, el taxi más allá de ser un medio para trasladarse de un lugar a otro, resulta ser un lugar en sí mismo, una cabina que encapsula toda la dinámica socioespacial, que traslada pero que también representa y produce.

Más arriba, contaba que hubo un recorrido en la búsqueda permanente para resolver las inquietudes frente a las agresiones, y el papel que desempeña el espacio. Especialmente, hubo una ocasión que me dio bastantes luces en ese camino. Fue una conversación con una chica quien me contaba que ella y su novia salían en la madrugada de un bar de Chapinero e iba a su casa en La Macarena, en el centro de la ciudad; tomaron un taxi y el conductor empezó el recorrido, luego de un momento, y de darse cuenta que ellas eran pareja, empezó a hacer una ruta poco familiar para el par de mujeres, una que no era la habitual para llegar a su destino. El conductor, en una actitud desafiante, pasó por lugares oscuros, rutas alternas, y especialmente por un lote baldío; acción que en ellas despertó miedo pues no había nada ni nadie cerca. Luego de hacer ese recorrido, el taxista las dejó en el lugar y cobró por encima de lo que debería, cuestión que ellas no discutieron pues prefirieron salir de esa incómoda situación.

En esta historia es posible encontrar la importancia que ocupa el espacio en la formación de relaciones sociales, y de emociones; el recorrido que hace el taxista por esos lugares particulares, comunica la amenaza. Él está recurriendo al imaginario sobre las violencias específicas que pueden sufrir las mujeres lesbianas en el espacio público, está utilizando al espacio como herramienta comunicativa, como amenaza en sí mismo, está aprovechando la posibilidad que tiene de hacer determinado trayecto para espacializar el miedo, a la vez que espacializa la amenaza y la norma heterosexual. Así entonces, una historia en un taxi se convirtió en un hallazgo importante, que se iba luego a convertir en una experiencia común en los relatos de las chicas de los grupos realizados.

*Yo siempre he sido muy desenclosetada, soy anarquista y mientras más moleste mejor, pero sí me han pasado cosas feas. Una vez estuve en Harem [bar ubicado en Chapinero] y salí alicorada, cogí un taxi en la calle a las 4 am y el taxista me decía “¿oye puedo tomar tu número telefónico? Quiero hacer un trío contigo y mi mujer” esas cosas me han pasado muchas veces y pues ahí lo que hay que hacer es pilotearla con el conductor... llevarle al corriente. Esa vez iba para Engativá y pues para Engativá es muy difícil coger transporte desde chapinero, entonces me tocaba irme en el que parara. **Laura.***

*Salir del perro [bar en Chapinero] por ejemplo, o pues de Chapinero... y que estés tomada o lo que sea y quieras como rumbearte [besar] a la nena con la que vas o lo que sea pero sientes el retrovisor así como la mirada, esa mirada de retrovisor de taxista uisshhh es súper, súper violenta, o sea sin ánimo de estereotipar, sin ánimo de generalizar, pero digamos que lo que sí se siente es como porque además es como **la mirada enmarcada. Susan H.***

*Yo tomé un taxi acá (en Villa del río) en un taxi el conductor empezó hablarme de sexo... antes de bajarme me propuso cosas. Antes de subir, me vio dándome un beso con una chica. Ese día del taxista, salí y me despedí de beso –de una chica-, se dio cuenta que era lesbiana, fue distinto, porque el resto de veces es acoso del otro no por ser una mujer lesbiana, como mi apariencia no es de muy lesbiana empiezan es a morbosearme, en cambio ese me propuso un trío, me hablaba de sexo. Fue a las 9:00 am, re temprano. **July.***

Cuando vas con chicas en un taxi el taxista pregunta, dice “qué rico un trío”, “ustedes hace cuanto están juntas”, “¿cómo tiran?” mientras que cuando vas con amigos gais no. Siempre hay un ejercicio de violencia cuando los taxistas te recogen en este tipo de lugares. Marce.

En las situaciones que relatan Laura, Susan H, July y Marce, se puede identificar que, el acoso a las mujeres, y la idea pornificada que las mujeres lesbianas están siempre dispuestas a hacer un trío sexual; idea que desde el porno como tecnología del género, construye una imagen estereotipada de la lesbiana. Esta respuesta común, cliché, predecible, aunque no por eso menos invasiva por parte de algunos hombres que asumen una actitud permanente de acoso, hace evidente la idea generalizada sobre la disposición de las mujeres lesbianas, de su existencia en la medida del deseo heterosexual de los hombres. Sin reparo ni vergüenza el taxista hace una invitación directa o indirecta, como si ver una mujer lesbiana, hablar de ellas o con ellas, fuera una referencia implícita e inmediata a sus relaciones sexuales. Posibilitado por el espacio cerrado del taxi, por la hora de la madrugada, y por la mediación del alcohol; condiciones todas dispuestas al acoso.

En los relatos de Laura y Susan H, es importante mencionar los trayectos. En ambas situaciones salen de un espacio seguro, cómodo, a ingresar y sellar, con la puerta del taxi, un espacio que se presenta como inseguro, no sólo por el movimiento del carro, sino por los espacios significados seguros o inseguros por la pasajera, por los cuales se pasa durante el trayecto.

Este es un traslado inmediato entre espacios, y con ellos, el cambio de las actitudes entre ellas, los acercamientos, las demostraciones de afecto, las respuestas anticipándose y previniendo situaciones de mayor riesgo, como menciona Valentine (1994) “Como resultado muchas lesbianas construyen múltiples identidades sexuales en diferentes lugares y en diferentes momentos” (1994, p.2). Son cambios estratégicos en las conductas llevados a cabo no por la paranoia, sino por la lectura o reconocimiento de la permisividad del régimen heterosexual frente a las agresiones, que buscan establecerlo a como dé lugar en cualquier espacio, explica Linda McDowell (2000) “Todos actuamos como nos dictan nuestras ideas, que siempre responden a una creación cultural y están histórica y espacialmente situadas.” (2000, p.20).

Un ejemplo de la comunicación que apela a estos códigos culturales sobre lo normal, es la metáfora de Susan sobre el retrovisor que “enmarca la mirada”, la mirada fija, el encuadre perfecto de una mirada que comunica absolutamente toda la norma, que reclama ese espacio, que castiga su uso inadecuado. Una mirada que no ocurriría si la pareja fuera un hombre y una mujer, pues esa mujer ya tiene “dueño”.

Y de espacios inseguros o que no me gustaran, los taxis [son] horribles, todo tipo de transporte público, abstener demostraciones de afecto en cualquier tipo de transporte público, Transmilenio, buses, lo que fuera lo sentía súper inseguro, sobre todo cuando estaba ya oscureciendo o quedándose solo el transporte. Me generaban mucho temor. Siento en general que la prevención se da hacia la noche. Salir tarde en compañía de, queriéndole coger la mano o lo que sea en horas oscuras y en sitios solos ¿cierto? me generaba ese tipo de sensaciones.
Susan H.

Este apartado del relato de Susan, muestra la relación del espacio, particularmente los medios de transporte públicos, con el tiempo, en este caso con el momento del día. Es decir, la relación entre la noche y el espacio público magnifica la emoción relatada.

Estas experiencias van esculpiendo y moldeando las relaciones espaciales, además de complejizar el análisis sobre el espacio; vemos que no se presenta solo o actúa solo, sino que la relación espacial está anclada a otras relaciones sociales, situaciones, momentos y experiencias.

A continuación, el relato de Diana narra varios de los puntos tocados previamente: el espacio del taxi, las estrategias de prevención considerando su lugar frente a la lectura del género al decir “no se nos nota”, la relación espacio-tiempo, los trayectos, y las sensaciones que surgen en las situaciones de vulnerabilidad.

*A mí los taxis me da mucho miedo por ser lesbiana. Los taxis son los lugares más inseguros. A Adriana y a mí no se nos nota y cuando me siento insegura no me tomo de la mano ni nada, no hablamos de nosotras, eso transforma mucho las situaciones de violencias, porque cuando nos sentimos inseguras nos soltamos de las manos y ya, se acabó. **Diana.***

*En los taxis yo procuro no conversar sobre nada de nuestra relación, hablamos de otras cosas, del trabajo... Cuando ella se va en un taxi o en un bus en la calle yo no me despido de ella de beso, le doy un abrazo y me voy. No sé qué va a pasar en ese taxi, en ese bus, o en la calle, el paradero para llegar a su casa. Elimino las muestras de afecto porque me da miedo. Cuando ella vivía en chapinero tenía que caminar en la 13 dos cuadras, ese pedazo es muy feo... En los lugares que me siento muy insegura, siempre en la noche elimino las muestras de afecto porque me da miedo. **Diana.***

*El taxi es un lugar de vulnerabilidad muy alto pues porque uno está en manos del conductor. Yo me monto a un taxi y casi que ni hablo o hablo de cosas muy idiotas, como el clima. A mí me da mucha ansiedad cuando Paola me coge la mano, le suelto la mano a mi novia, ni le hablo. No lo hago de antipática. Es el único espacio en que me limito a hacer absolutamente nada. Es un lugar que produce mucho miedo porque no sé quién está al volante. **Cristina.***

Las características físicas del carro, por ser cubículo, la velocidad, el movimiento, y poner la vida en manos de quien conduce, condicionan nuestras reacciones a actitudes más condescendientes frente a las agresiones:

A una amiga lesbiana la escupió un taxista. Los taxistas no nos paran. No puedo pelear con un taxista, ellos tienen el poder.

*También me pasa cuando voy con mi pareja, paramos un taxi y no nos para, le para al de al lado. Me ha pasado que me monté una vez en un taxi y el taxista empezó a decir: “esa gente en chapinero parecen zombis, son unos muertos, son unos no sé qué...” Nosotras nos asustamos y pensamos -qué no nos deje en la casa que nos deje a dos cuadras... uno se inventa estrategias. Y pues, no pelear con ellos, porque tienen todo el pinche poder. **Andrea.***

Una vez cogí el mismo taxi con distintas chicas, como yo soy muy masculina no fue a morbosearme a mí, sino que empezó a medir su masculinidad conmigo, a

decirme que con cuántas chicas salía... en ese momento no era violencia, era hasta divertido, tenía una construcción de ser lesbiana como muy paila... Marce.

Esta situación que cuenta Marce es nuevamente la búsqueda de la alianza hetero a través de la masculinidad, el establecimiento de una norma con unas capacidades adaptativas impresionantes, con la posibilidad de mimetizarse y encontrar cualquier excusa para instaurarse.

Así, los taxis como lugares donde se logra condensar toda la relación entre hombres y mujeres que se configura en el espacio de la ciudad; son cápsulas que contienen apesadas en ellas las posibilidades espaciales que permite el régimen heterosexual para los sujetos, para su existencia. En ellas el papel del conductor, un hombre en la mayoría de las veces, es muy claro y tiene una doble función, la de conducir el vehículo de transporte, y la de conducir toda la relación que en él se establece; quien se sube a un taxi, o mejor, una mujer lesbiana que se sube a un taxi sabe que se encuentra a disposición del taxista, que circula por una ciudad también significada, de sus ideas sobre las mujeres, y sobre las mujeres lesbianas, que como se mencionaba, responden a contextos históricos y culturales particulares. La cápsula está sellada y la vulnerabilidad aumenta.

De manera que, se ponen en marcha estrategias que puedan minimizar en alguna medida las reacciones que el taxista pueda tener. En este espacio confluye el movimiento, la hora del día, el nivel de luz, los códigos y relaciones sociales, los lugares de la ciudad que se pueden percibir como seguros o inseguros, el sector de la ciudad al que se va o por el que se pasa; el espacio heterosexualizado en una cápsula móvil.

2.4. Sobre lo público y lo privado

Este apartado pretende centrarse en la interesante idea sobre lo público y lo privado que desarrolla Andrea Lacombe (2009) en su trabajo de campo en los *Bailes de Mary*; eventos periódicos para mujeres lesbianas en Copacabana, organizados en un salón del *club Olímpico*, alquilado para esta ocasión. Básicamente, la propuesta de Lacombe problematiza la división espacial de lo público y lo privado; a través del análisis de “la espacialidad y la arquitectura del lugar” (2009, p.2 pdf) y su estrecha relación con la “construcción del espacio” y “las gramáticas de socialización”, argumenta que la división público-privado es difusa. Sobre los bailes, Lacombe escribe, “podría decirse que este lugar, admitido como espacio lésbico, es un híbrido en relación a la división entre público y privado. Aun cuando se piense como público, el local resguarda la privacidad de ciertas prácticas que, fuera de ese contexto, adquieren un carácter despreciable, pero que dentro son centrales en la dinámica social. Es un espacio público que una vez por mes contiene y resguarda la privacidad de la alteridad (...)” (2009, p.7). Es decir, es un espacio público que resguarda asuntos que habitualmente se les exige que se queden en lo privado.

Pensando entonces fuera del lugar con el cual la autora trabaja, en un escenario más amplio, podría decirse que ser públicamente lesbiana, mostrarlo, verse, o solamente decirlo, es poner en lo público aquello que, se supone, debe quedar en lo privado. Esto no es un desafío exclusivamente a la heterosexualidad como orientación del deseo, también ser/estar lesbiana en lo público es un desafío a la división espacial marcada por

ésta, que para las mujeres históricamente ha marcado una forma particular de apropiarse o no el espacio de la calle, que les ha negado lo público y ha establecido lo privado como aquellos lugares a los cuales las mujeres deberían pertenecer.

Desafiar a la heterosexualidad como única sexualidad y conjunto de normas posibles, correctas en el espacio público, es una manera de desdibujar los límites establecidos en la división, pues, como menciona Nancy Duncan (2005), quien parafrasea a Valentine, “se asume usualmente que la sexualidad es (y debería estar) confinada a los espacios privados. Esto está basado en la naturalización de las normas heterosexuales. La heterosexualidad naturalizada hace que la sexualidad en espacios públicos sea casi invisible a la población heterosexual (Valentine, 1993).” (Duncan, 2005, p.137), continúa, la “heterosexualidad es claramente la sexualidad dominante en muchos entornos cotidianos (...) (Valentine, 1992)” (2005, p.137). Aquellas sexualidades al margen de la norma, se presentan entonces muy visibles, pues en la medida en que es “universalizada y naturalizada, la heterosexualidad está inscrita tanto en espacios públicos como en privados como la ideología dominante.” (2005, p.137), la que no se ve.

Durante la entrevista realizada a Susan H, ella cuenta una historia que arroja bastantes luces sobre las divisiones espaciales de las que se ha estado hablando:

En el cumpleaños de mi pareja, yo había organizado una cosa en un motel, una cosa bonita, y todo estaba pago [...] llegamos al lugar y estaba el vidrio así como oscuro, el de la caja. Entonces [...] “oye tengo una reserva” y me mira y me dice “y ¿dónde está él?” Y yo la miré “no hay él”; esa mujer se transfiguró de una forma y fue como “ayy oye pero es que aquí es que este no es un sitio eeehhh así”, [...] y yo “¿qué pasa? o sea dime”, y me dijo “no, lo que pasa es que aquí no recibimos parejas” y yo obvio me cagué de la risa y le dije como “¿vengo en trio o qué?” le dije así porque “¿cómo así que no recibe parejas?” “No, pues tú me entiendes parejas ehhhh” y yo la miraba. [...] era muy incómodo porque era el cumpleaños de ella y yo sé que ella se siente súper incómoda en esas situaciones y no quería. Y me dice “no, voy a ir por la administradora” y yo “ok”, entonces ella [su pareja] me dijo “no, pues vámonos” y yo le dije “no, lo siento. No me voy a ir de acá”. Llegó la susodicha persona, me dijo “no, mira lo que pasa es que pues no, no sabíamos”, y yo le dije “no, pues yo tampoco sabía que este lugar no admitía o que tenía una reglas restrictivas”, “igual yo ya pagué el 100% de esto entonces si quieres muéstrame la cláusula o como quieras llamarlo o el lugar donde tú tienes visible que no aceptan este TIPO” así le dije, “este tipo de parejas y pues muéstramelo porque yo tengo hartas personas que quisieran publicar una historia como esta en un periódico”, y “no, no, mira, lo que pasa es que los dueños de acá nos molestarían mucho” sí, se inventan y se inventan cosas [...] después de una discusión re loca como de 10 minutos que se hacen eternos, logramos entrar y fue muy divertido porque nos encargamos toda la noche de que se acordaran que había entrado una pareja lésbica.

¡Un motel! espacios que abiertamente están dispuestos para la actividad sexual y que se creería que posibilitan una mayor libertad, siguen haciendo parte de la reproducción del régimen, hasta en lo más íntimo. Son la evidencia de la manera como se juega con lo privado en lo público, cómo no se permite el sexo lésbico en ese espacio; es un lugar que alberga las posibilidades heterosexuales y así mismo las reproduce. Un lugar público, o dispuesto al público que lo pueda pagar, que alquila lugares privados, íntimos, y a la vez está cargado con las normas de lo público.

Sin embargo, como menciona Duncan (2005), “es difícil que los heterosexuales sean conscientes de que sus espacios invocan una sexualidad.” (2005, p.138), por eso fue una sorpresa o una situación que de alguna manera se salió de las manos tanto de la persona que estaba en la caja como de quien administra el lugar, pues aunque hagan parte del mercado del sexo, para su establecimiento se desdibujaba las múltiples posibilidades de la sexualidad.

De manera que en tanto el régimen permea completamente la vida de los sujetos, tiene sentido que haga parte de las supuestas reglas de ingreso y uso de un motel, y que este se reserve el derecho de admisión y uso responde a esa transversalidad; pero lo importante o interesante que se puede ver en esta situación es que es un lugar público, que resguarda a lo privado, y que su uso debe obedecer a la reproducción de la heterosexualidad, a una heterosexualidad que se permita el pago para el uso.

En este sentido, hay una privatización del espacio que se puede ver en varios sentidos. Por un lado, el uso es exclusivo de parejas conformadas por un hombre y una mujer que así se presenten o así se vean o puedan ser leídos; o tal vez dos hombres y una mujer, o dos mujeres y un hombre pueda ser alguna posibilidad, imaginando que en cualquiera de estos casos el contacto sexual entre un hombre y una mujer esté incluido. Y por otro lado, una restricción relacionada con la posibilidad de pago, de la oferta de privacidad, que esta pareja o grupo de personas tenga.

Este no es el mismo espacio que para las personas heterosexuales que llegan al lugar, ya no es un espacio de uso público que presta servicios para el goce de lo privado, allí se resguarda y reproduce una sexualidad, la que no se ve pero la que se espera; y así dejar la sexualidad de las lesbianas en las casas de cada una, donde no se vean, otros moteles, u otros espacios que ellas puedan generar. De este modo, el motel funciona como lo que Preciado (2008) llama una “auténtica tecnología de producción de subjetividad”, en la cual su “accesibilidad o su cierre”, su permanencia y existencia depende, a la vez que determina y produce aquellos sujetos que lo reafirman como espacio privado “normal” para encuentros sexuales “normales”, en los cuales la existencia lesbiana se pierde.

Por otra parte, es importante ver en los solapamientos de lo público y lo privado el impacto que tiene dicha división en la vida de las mujeres, particularmente en la manera como sentimos y nos relacionamos con los espacios que vamos ocupando. Anticipadamente, se podría afirmar que la división público-privado, y el confinamiento de las mujeres al espacio privado o no visible le ha sido funcional al régimen heterosexual en una gran cantidad de sentidos posibles; por ejemplo, la heterosexualidad como régimen se basa en la diferencia sexual y en la funcionalidad de determinados órganos para elaborar unas jerarquías, en este sentido, las labores que supuestamente responden a la funcionalidad de los cuerpos también se jerarquizan y dividen según espacios, a saber, las labores de cuidado y las labores que involucran mayor socialización. Otro ejemplo podría desprenderse del anterior y es la posibilidad de participación política por parte de las mujeres, teniendo que asumir las labores de cuidado. Y de ahí podrían salir muchos más y que valdría la pena indagar más al respecto en otro escrito.

De modo que, siendo la división público-privado una idea funcional al régimen heterosexual, vemos cómo sentimientos y emociones responden también a dicha división, en palabras de Sara Ahmed “sentimientos de vulnerabilidad y miedo moldean los cuerpos de la mujeres, así como la manera en que esos cuerpos ocupan el espacio.

La vulnerabilidad no es una característica inherente a los cuerpos de las mujeres; más bien, es un efecto que funciona para asegurar la feminidad como una delimitación del movimiento en público y una sobre-habitación de lo privado.” (2015, p.117).

Esta situación nos ubica frente a la pregunta por las características de lo que significa lo privado y lo público, ¿Es acaso la seguridad una característica inherente de lo privado?, es decir, ¿Es siempre seguro un espacio privado? ¿Lo público es siempre inseguro? ¿Lo público incluye a todas las personas? Preguntas que encuentran solución en las experiencias particulares, como el caso de las mujeres de Iris Less. También en una de las entrevistas con las Gordas sin chaqueta y Enigma red de mujeres diversas, particularmente en una intervención de Marce, ella menciona la incomodidad que siente en la zona norte de la ciudad, una incomodidad relacionada con la condición de clase en la que se suma la vigilancia por la forma de vestir fuera de las reglas de presentación “femenina” que establecen y hacen evidentes las personas de clases altas. Es decir, en esa corporización o espacialización en el cuerpo de normas de conducta y vestido que distinguen las posibilidades de acceso determinadas por los lugares de clase, incluso en los “bares gay” de la zona norte de la ciudad. Cabe mencionar que esta es una de las incomodidades que se traduce en la manera como se relacionan con este sector, una relación que va a determinar “lo público” de la zona o de los bares; es decir, son establecimientos públicos con condiciones y restricciones.

Así mismo, establecimientos públicos con elevados costos de entrada, de consumo, de traslado, en los cuales se privatiza la experiencia lesbiana a través de las posibilidades de acceso. Claro, sin dejar a un lado que, para aquellas mujeres lesbianas que quisieran resguardarse o salir de fiesta sin los ojos hetero encima o con la posibilidad de evadir a cualquier acosador, y que pueden costear sin problema una de estas salidas, estos bares a los que pueden ingresar fácilmente, son un experiencia lésbica en lo privado, lejos de las incomodidades que se les pueda presentar en cualquier otro lugar.

En este sentido, la división público privado funciona como un “proceso socioespacial” (Ramírez, 2014) manipulable, moldeable, móvil, una estrategia del objetivo de la apropiación de los cuerpos de las mujeres, a pesar de lo difusa que es la división y las posibilidades que en ella se presentan. Las colectivas, y las propuestas de ocupación de la calle son una acción directa contra la estrategia espacial de limitación y control de las mujeres, y sobre su decisión del ejercicio autónomo de su sexualidad.

Es en esta ruptura donde alteramos el confort de las personas heterosexuales en sus espacios hechos a su semejanza, incomodamos en varias vías.

2.5. Las zonas seguras y las inseguras

La marcha por la ciudadanía LGBT que se lleva realizando por 20 años consecutivos en Bogotá, tiene el propósito de visibilizar y apropiar el espacio público por parte de aquellas personas que no se identifican con la heterosexualidad como orientación sexual, como manera de relacionarse, o como régimen impuesto; marchan como una forma de exigir derechos, de utilizar la calle a su parecer, y de llevar a lo público aquello que no se quiere ver o mostrar.

Este año [2016] estuvimos allá, varias amigas y yo. El recorrido inició en el parque Nacional con el objetivo de llegar a la plaza de Bolívar en el centro de la ciudad,

caminando toda la carrera séptima; esta vez, a los costados no había cuerdas que separaran a quienes marchaban de quienes iban a mirar, como ha sido costumbre años atrás. En general esta separación de quien mira y quien marcha en algunos lugares por donde transcurre, hace evidente la diferencia entre ellos y nosotros, aunque muchas personas que no marchan y la ven pasar son también de nosotros, en fin. En esta ocasión, a la altura de la calle 24, como por el centro comercial Terraza Pasteur, se hizo más estrecha la vía, como un embudo, pues las personas espectadoras se agrupaban sobre la vía de tal manera que dificultaban el paso de las y los marchantes; esta cercanía hacía que pudiéramos escuchar comentarios tales como “parece hombre” entre las risas y las burlas.

Justo en ese momento, tuve la sensación de hacer parte del desfile del freak show recién llegado a la ciudad, todas las criaturas extrañas reunidas en un solo lugar, permitiéndose ser vistas y comentadas. Este momento, logró condensar varias ideas que tenía en mente; las divisiones espaciales, mejor, la fragmentación espacial marcada por la distinción heterosexual, y sobre todo, la manera como vamos percibiendo los espacios, cómo los lugares son también determinantes para la definición de los sujetos que lo pueden habitar y la manera específica como lo deben ocupar; este embudo fue también el hecho visible de cómo se desdibuja o se mezcla lo público y lo privado.

Fue ese momento, el ejemplo perfecto de la fluidez y posibilidades presentes en el espacio, de quién mira, cómo mira, por qué mira y a quién mira, quiénes son las personas vistas, la constante lectura y encasillamiento de los sujetos que pasan. Este embudo fue un cruce de los fragmentos del espacio en un solo lugar, entre su espacio hetero y el nuestro no tan hetero; el nuestro invadiendo, o significándolo “freak” por un momento. Ya lo diría Lacombe cuando analizaba los bailes de Mary, “los *quién* y los *cómo* también dependen de los *dónde*. Los *dónde*, a su vez, abrigan a un público que carga los espacios con determinados sentidos, a partir de los usos que se hacen de ellos.” (Lacombe, 2009, p.2).

Así, los sentidos posibles de los espacios son infinitos, incluso por cada sujeto podría significarse un espacio: cómodo, tranquilo, habitable, agresivo, inseguro. etc. Se pueden dar sentidos individuales, personales, y compartirlos con la posibilidad de que quien escucha logre llegar a significarlos o entender la carga. También hay maneras de darles sentido de manera colectiva, hacer de determinados espacios, lugares posibles para transitar y actuar.

Estos sentidos que otorgamos a los espacios, o que ellos mismos nos comunican, y que están asociados con las experiencias particulares, son los que permiten dibujar zonas seguras e inseguras en la ciudad; experiencias que dependen exclusivamente del uso del espacio. En consecuencia, se puede afirmar que la producción de los espacios es subjetiva, relacional y discursiva.

Varias de las mujeres entrevistadas, mencionaban que Chapinero, específicamente la zona de los “bares gays” son un espacio en el que pueden estar tranquilamente; se sienten tranquilas de tener manifestaciones públicas de afecto con su pareja o acompañante. Los bares como la posibilidad de refugio o privacidad, a pesar de la discriminación por raza, clase (derecho de admisión), e incluso endodiscriminación hacia mujeres lesbianas que manejan una estética masculina, o personas transgeneristas que ingresan al establecimiento a un rato de diversión y no a trabajar.

También fue común la mención de la localidad de Teusaquillo y Chapinero como zonas seguras. Sea por la ubicación de la universidad (Nacional o Javeriana), las particularidades de cada una de ellas como lugares posibles para la diálogo, las resistencias, los análisis, las discusiones frente a temas como identidades, orientaciones del deseo, estudios de género, sexualidades; que permitió la identificación y reconocimiento de la zona, las posibilidades de acceso a una u otra universidad, o la posibilidad de estar en alguno de esos bares de Chapinero. También el reconocimiento de estas zonas como “zonas gais” en la ciudad, permitió la sensación de comodidad de las mujeres, saber “cómo es el maní” como menciona Adriana, es también leer los espacios y dialogar con ellos para saber cómo moverse o qué hacer.

Sin embargo, no debe perderse de vista los usos segmentados del espacio (vivienda, ocio, negocios, etc.), lo cual posibilita los mercados que se van a consumir. Es decir, una relación demanda-oferta, que determina la construcción de espacios que puedan concentrar personas con experiencias afines; pero también, personas que tengan el dinero, la “pinta” (su atuendo), para poder acceder a ellos y cruzar el filtro del “derecho de admisión”. Así, reunirá a personas con experiencias de clase, afines. De manera que el mantenimiento del “guetto” está asociado también al mercado.

Es importante además mencionar que estar en estos espacios habitualmente se hace en grupo o en pareja, cuestión que posibilita la sensación de respaldo. Como menciona Erika, sentir que “hay más como uno”, que en cualquier situación violenta alguien puede apoyar o respaldar, fortalece la sensación de seguridad. En este punto, algo muy importante que mencionaba Susan en su relato, era la sensación de fuerza que le da salir en grupo, en colectivo interviniendo la calle, una sensación poderosa de hacerle frente a esa misma calle que resultaba agresiva, contando con las otras y estando para las otras, un “nosotras”. Situación presente también en el grupo de las “Gordas Sin Chaqueta” y “Enigma, Red de Mujeres Diversas”, quienes mencionan la potencia que ha tenido caminar la ciudad con amigas, sentirse nuevamente en el “nosotras”. Esta sensación se asocia a lo que menciona Lacombe sobre cómo “El “otro” social se transforma dentro del salón en “nosotras”, pasando la alteridad a los heterosexuales.” (Lacombe, 2009, p.12), la fuerza colectiva se apodera del espacio.

Las zonas mencionadas están ubicadas al centro-norte de la ciudad, lo cual indica las posibilidades de acceso a los bares, a las universidades, los lugares donde las mujeres viven: Chapinero, Teusaquillo, Fontibón; en este sentido, valdría la pena indagar por otras zonas de la ciudad donde otras mujeres lesbianas tengan mayor movimiento, como el sur de la ciudad, el noroccidente, el nororiente, que para el caso de esta investigación no fue posible.

Estas zonas son las comúnmente reconocidas como lugares posibles permanentes, pero también existen aquellos espacios temporales posibles; espacios *lesbianizados* o un “espacio sexuado lesbiano” (McDowell, 2000, p.100) temporal. Es el caso de las mujeres de la colectiva Iris Less de la localidad de Fontibón, quienes a partir de sus reuniones alrededor del fútbol en parques de la localidad los han ido apropiando y se han posicionado como grupo de mujeres lesbianas. Su activismo, visibilización y apropiación de los espacios, ha permitido que hagan de las canchas un espacio sexuado lesbiano. Durante la entrevista, ellas mencionaban en particular un parque, justo en el cual se hizo la reunión para el grupo focal, y el proceso que les ha tomado posicionarse en la localidad y con los equipos de hombres que suelen estar en las cancha, además de ser en la noche. Su fuerza colectiva y sus apuestas políticas frente a la defensa y

visibilización de las mujeres lesbianas, les han permitido resignificar un espacio y un deporte asociado a los hombres, además de poder reclamarlo como propio. Es una temporalidad espacial lésbica que comunica toda su intención política. Estas alternativas o estrategias temporales de significación espacial refuerzan la idea del espacio móvil, su cualidad de amalgama moldeable, y las posibilidades infinitas que esto arroja.

Para la mayoría de las mujeres que relataron sus historias para esta investigación, muchos espacios fuera de los lugares familiares estuvieron particularmente ubicados como inseguros, o como zonas a las cuales temer; pero varias de las participantes que hacían parte del colectivo Iris Less mencionaban que el espacio familiar, o en sus casas, eran lugares inseguros, donde no les era permitido ser o actuar, y por el contrario, salir a la calle, o reunirse en colectivo era una forma de construir espacios seguros. Para ellas, el espacio habitualmente pensado como privado no les permitía actuar libremente, como podría asegurarse que se puede ser. Se presentaba así, en un espacio privativo y sellado.

También se encuentran aquellas zonas inseguras, las no posibles para estar como lesbiana. En muchos relatos estuvo presente la asociación de una zona prohibida al perímetro que rodea la casa de las mamás y papás o la cercanía con la familia.

También aquellas zonas que no se conocen, que no se conoce el movimiento o no se puede predecir, ese compartir de experiencias no está presente y la lectura se dificulta. “Entender los paisajes gay no es sólo cuestión de dónde se congregan o cómo expresan abiertamente sus identidades sexuales, sino cómo negocian, experimentan y a menudo ocultan sus sexualidades en los paisajes cotidianos los cuales están dominados por expresiones de la heterosexualidad.” (Valentine, 1994, p.1 del pdf). En este sentido, las zonas inseguras y las seguras varían en cada una de las entrevistadas, dependiendo de su lugar de observación, y de otras variables que determinan su relación con la ciudad; por ejemplo su lugar de origen como es el caso de Alejandra, para quien Neiva representaba una zona insegura, pero Bogotá no tanto; o el lugar de clase, por ejemplo Marce mencionaba la sensación de inseguridad que le generaban zonas del norte de Bogotá, por las miradas o la extrañeza que representaba el lugar.

En efecto, una de las variables que también van a determinar la construcción o configuración de espacios seguros o inseguros es aquella relacionada con lo que Ahmed (2015) menciona como la “producción de lo ‘temible’”, la cual está “ligada con la autorización de los espacios legítimos: por ejemplo, en la construcción de la casa como segura, las formas de feminidad “apropiadas” quedan ligadas con la reproducción de espacio doméstico.” (2015, p.116), igualmente se autorizan los espacios legítimos para besarse libremente, para expresarse sin las restricciones impuestas a través del miedo. Se generan espacios seguros o inseguros a partir de lo que se lee y produce como temible o no.

De esta manera, las emociones exceden lo individual y hacen parte de objetos o espacios, en palabras de Ahmed “un espacio es cómodo por lo que allí puedo hacer, una silla es cómoda, la calle es más cómoda que la casa, o al contrario. “el ajuste entre el cuerpo y el objeto” (2015, p. 227) así, no todos los espacios son cómodos o seguros para todas las personas, se ajustan a la particularidad de ese cuerpo y de su experiencia.

3. Capítulo 3

Reacción y emoción. Las posibilidades

No podría dejar pasar la escritura sin hablar específicamente de lo que se siente cuando se habita la calle siendo “visiblemente” lesbiana, y lo que nos genera cuando las personas en la calle son agresivas o cuando la calle misma se nos presenta como violenta.

Este apartado quiere explorar esto que se presenta tan subjetivo como son las emociones o los sentires frente a determinada situación de una manera más amplia; es decir, de una manera que explore toda la complejidad existente alrededor de la experiencia emocional. En este sentido, Emma Delfina Chirix García (2014) define muy bien de qué se puede tratar esto tan personal como lo es un sentir: “La subjetividad no trata solo lo personal sino lo social, es saber y sentir quién soy y lo que existe a mi alrededor” (2014, p.211); motivo por el cual es tan importante continuar con la interpretación de las entrevistas y de mi experiencia para entender lo que existe a nuestro alrededor y para darle sentido a todo lo que nos pasa. Así, continua la autora, “la subjetividad invita a interpretar y no a naturalizar nuestra vida y nuestra identidad, a partir de raíces históricas, económicas, políticas y culturales para poder dar respuesta a las distintas causas de la opresión.” (2014, p.212).

De esta manera, desde las miradas, las emociones o sentires, las reacciones, hasta las estrategias, intentaré hacer un recorrido que dé sentido a lo que empezó siendo una idea sobre la paranoia, y ahora ha conseguido ser un cuerpo de ideas más organizadas que, lejos de desestimar las experiencias particulares, busca encontrar en los nodos de emociones la posibilidad de hacer red, de ver en esas emociones particulares lo social que está operando.

Yo no sé si sólo es paranoia y sí, pero es un asunto de en qué momento te dicen “por favor aquí no”, y “sálganse”, es una vaina como de: -marica el espacio es demasiado heterosexual y parece uno es pidiendo permiso para estar, ingresar, tocarse, mirarse y entonces es como siempre ese tipo de juegos ¿no? Susan H.

3.1. Mirar

Fijarse en las miradas se trata de escudriñar, de indagar a profundidad en una de las tantas escenas de la cotidianidad, de nuestra cotidianidad; se trata de esculcar en la emoción, la situación, el escenario, las normas, para entender qué pasa con ellas. Así las miradas, junto con el espacio, van moldeando los paisajes normales, lo habitual a la vista; de esta manera, las miradas también configuran/producen lo normal y aquello que no lo es, y son configuradas en un juego permanente de recorridos, escaneos e intercambios.

*Y no sé, como que tú estés tomada o lo que sea y quieras como rumbearte a la nena con la que vas o lo que sea, pero sientes el retrovisor así como la mirada, esa mirada de retrovisor de taxista uisshhh es súper, súper violenta, o sea sin ánimo de estereotipar, sin ánimo de generalizar, pero digamos que lo que sí se siente es como por que además es como **la mirada enmarcada**. Susan H.*

La mirada no es únicamente el prelude de un atroz acontecimiento, es el acontecimiento mismo. Sí, la mirada puede tomarse como “inmaterial”, la queja por una mirada podría tomarse como un delirio de persecución, podría pensar que la incomodidad por las miradas constantes en algún lugar es por una idea obsesiva. Pero no, las miradas no sólo hacen parte de un espectáculo, son el ejercicio de un poder (Le Breton, 1998), del que puede mirar lo que mira como lo quiere mirar; así, la mirada del conductor del taxi emite un juicio de valor, desde su lugar de observación se apropia de lo que ve, lo nombra, lo ordena, lo clasifica, lo detalla, y lo ubica en lo deseable.

Un elemento particular en el relato de Susan H. es el detalle de lo “enmarcado” de la mirada, como una extra fijación. Lo cual le permite a ella sobreentender el propósito, en este caso, el de cumplir una fantasía pornificada con una pareja de mujeres. Ese detalle adicional de la mirada directa a través del espejo, como un control mayor sobre los movimientos, las acciones, y en este caso la mirada no es de censura, sino de deseo, aun así inhibe, hace que se sienta la invasión en el cuerpo, en la conducta, es “violenta” en palabras de Susan.

*entonces siento que, que **las miradas** siempre han sido súper cortantes, son un lugar de ubicarte, te marcan, te ubican, te juzgan y te limitan las formas en que tú también puedes apropiarte el espacio (...)* Susan H.

Le pertenecemos a esa mirada, ella nos manifiesta una autoridad (Le Breton; 1998), la que le otorga la heterosexualidad; como menciona Susan, es la marca de la no pertenencia, es la marca que establece el lugar que en determinado espacio tienen unos u otras, aquella que establece quién es la autoridad que ocupa el espacio. Como afirma Le Breton, la mirada “experimenta (...) variaciones según las posiciones sociales respectivas de los actores sociales presentes, su grado de parentesco o familiaridad, su sexo o su edad” (Le Breton; 1998, p.204).

De tal manera, empezamos a notar las múltiples tonalidades que presentan las miradas, no es lo mismo cuando una mujer nos mira, o cuando una pareja heterosexual lo hace, y mucho menos cuando un par de hombres; adicionalmente la manera cómo nos ven, tal vez como un par de mujeres sin posibilidad de defenderse o quizá en un lugar de desventaja. Y son todas esas variedades tonales en las miradas las que podemos leer, lo sabemos (las otras personas y nosotras) pues compartimos códigos culturales, elementos sociales comunes que lo permiten, formamos parte de un conjunto de relaciones

socioespaciales (McDowell, 2000) estructuradas desde la heterosexualidad, que definen el sentido de la observación.

Las miradas son heterosexualizantes, es decir, como tú no cuadras ¿no? Es un asunto súper correctivo, súper, sí, obviamente (...) frenan, generan ahí unas cosas bien raras (...) y bueno, supongo que esto no aplica para todas las lesbianas ¿no? Eso es claro, o sea, es como... son vivencias de lo lésbico también, pero no sé, no sé, qué tema tan ushh me movió un resto de cosas que no había pensado hace mucho (...) **Susan H.**

Más allá de ser un sentido del cuerpo, mirar se convierte en el privilegio de quien ocupa, dentro de los márgenes, un espacio heterosexual. En la situación que Susan relata, las miradas tienen un objetivo, volver a la normalidad lo que se puede desviar. A través de los ojos se señala y corrige la desviación. “Se aprende a lastimar con las miradas y los gestos para tomar el control sobre el comportamiento.” (Chirix, 2014, p.214)

Los buses para mí son una mierda, apenas me subo todo el mundo me mira, muuucho. Mi estrategia es mirar a todo el mundo mal en la calle porque la gente mira mucho y lo segundo es no ver a nadie en la calle, prefiero no mirarlas. Las miradas son censuradoras, controladoras, la gente te mira todo el tiempo es para que te corrijas, porque si tu fueras normal no te mirarían. **Andrea.**

Como estrategia, apartar la mirada puede ser un escape, hacer como si nada pasara, pero la mirada atraviesa el cuerpo, es una experiencia emocional, se la siente (Le Breton; 1998), perfora sin permiso el cuerpo observado, lo mueve, acelera el corazón, aumenta la sudoración, nos hace retorcer y normalizar, tiene un gran “poder de metamorfosis” (Le Breton, 1998, p.195), un poder telequinético: separa manos, cuerpos, y cierra bocas; nos transforma.

La gente te mira con ánimo de censura, diciéndote: “autocontrólate”. **Diana.**

Chirix afirma que los gestos y las miradas tienen la capacidad de comunicar valoración o desvalorización, y de ser aprendidas y transmitidas por generaciones (Chirix, 2014). De modo que darle sentido a las miradas más allá de la obsesión o la paranoia es encontrar que ellas, y los gestos, “son movimientos que actúan como estímulos específicos de respuesta en donde, tanto el emisor como el receptor, comprenden el significado y es así como se convierten en símbolos significantes. Hemos aprendido a enviar mensajes a través de los gestos, pero incluyendo cierta valoración de aprecio o de desprecio.” (2014, p.214) El estigma. La mirada del taxista, de las personas en la calle, de las personas en el bus, comunican; sea deseo, desaprobación, disgusto, asco, todas tan posibles de leer y entender por la receptora ya que son esos símbolos comunes, con significados comprensibles para quien observa y quien es observada. Desestimar una mirada, es desestimar la capacidad de lectura del mundo social en el que habita quien la recibe; es desestimar su experiencia en el aprendizaje de códigos de lenguaje del medio en el que habita, es decirle que es una extraña, una forastera en su lugar natal.

3.2. Sentir

Laberintos sin salida, ansiedad, sentir la mirada hetero, sentir cómo atraviesa el cuerpo, sentir cada una de sus pisadas acercándose a mí, a nosotras. Sentir el corazón

corriendo, miedo, sigue mirándome. Soy evidente para ella, corre tras de mí y, aunque puedo ser paranoica, la siento encima.

“Un cuerpo, aunque no todos los estudiosos de la geografía lo crean, es un lugar. Se trata del espacio en el que se localiza el individuo, y sus límites resultan más o menos impermeables respecto a los restantes cuerpos. Aunque no cabe duda de que los cuerpos son materiales y poseen ciertas características como la forma y el tamaño, de modo que, inevitablemente, ocupan un espacio físico, lo cierto es que su forma de presentarse antes los demás y de ser percibido por ellos varía según el lugar que ocupan en cada momento” (McDowell, 2000, p. 59). Poner el cuerpo, con sus específicas marcas y características, en esta ciudad, es muchas veces ubicarlo en relación con los prejuicios, con lo que se espera de nosotras, el cuerpo es lo que mostramos, lo que queremos ser, pero también es lo que la calle nos exige; esta ubicación socioespacial no es únicamente externa al cuerpo, el cuerpo está cargado de emociones, es un *lugar* que se siente.

Así, las sensaciones surgen por lecturas espacio-temporales que permiten descifrar si sería adecuado actuar como pareja, o mejor como amigas. Surgen emociones al caminar por la noche agarradas de la mano en una zona desconocida, o entrar a determinado bar donde sólo van parejas heterosexuales; igualmente, sentir la lectura de las y los demás, el momento donde es indescifrable si eres chico o chica para una señora.

Sentires y emociones que surgen de lo relacional, como un asunto social que vive en la piel, y que está lejos de ser un problema individual, privado o exclusivo. Es a través del cuerpo que “experimentamos nuestras emociones y nos conectamos con el mundo. Los cuerpos ocupan espacios y, a la vez, son espacios en sí mismos; son lugares físicos donde las relaciones de género, clase y etnia se encuentran y son practicadas. Los cuerpos pueden ser mapas de deseo, disgusto, placer, dolor, odio y amor y son, además, los primeros objetos de inscripción (superficies donde los valores, la moralidad y las leyes sociales se inscriben)” (Ortiz, 2012, p. 117).

En especial, el miedo fue una sensación recurrente que encontré en las entrevistadas. El miedo, o el cansancio de sentirlo, como un factor determinante para que yo iniciara toda la indagación, fue el que inició el camino de este proceso de escritura, y el que ha acompañado muchas de las experiencias de violencias o prevenciones de las entrevistadas.

Varios de los relatos retratan muy bien lo que Sara Ahmed (2015) afirma, “el miedo abre historias pasadas de asociación” (2015, p.107), el miedo representa una lectura clave de asociaciones, en donde recuerdo lo que me ha pasado, pero también hago conexiones con historias de otras, a la vez que lo relaciono con la manera como he sido socializada en una ciudad violenta, prejuiciosa y poco respetuosa.

El miedo representa cada una de las lecturas que tenemos de la calle, de cómo la hemos apropiado o de la manera como la hemos dibujado en nuestros mapas mentales, en función de una movilidad más amable para nosotras.

*Vuelvo a lo mismo, miedo a que me encuentre a alguien de Neiva y que esta persona pueda ir con el comentario. Casualmente anoche estaba con una niña de Neiva, y estábamos en la calle y nos estábamos dando un beso y estábamos ahí paradas (...) como por cedritos 152, anoche, y estábamos ahí y nos estábamos dando un beso y ta, pasaba un amigo, dos amigos de Neiva, que yo hace muchos años no había visto, y pararon como: -hola, y no puede ser, y ya. **Alejandra.***

*Yo creo por eso que el miedo es como aprendido, o sea no es un miedo que venga en uno como: –oh soy lesbiana y ahora tengo el miedo, sino que es aprendido o sea te enseñan, o de tanto ver cosas. **Catalina.***

*A que me violen o a que me peguen, esos son mis dos temores. **Diana.***

*Como a mí no se me nota yo en los espacios políticos y de trabajo lo digo, soy lesbiana. Ayer tuve que ir dos veces al baño en una reunión en casa de la participación, sentí mucho miedo porque habían en ese lugar muchos manes y uno no sabe en qué momento a uno de esos manes se le dé por corregirme. Es un miedo que tengo que está ahí y hago CTRL ALT Suprimir. **Diana.***

El miedo está ligado a una interpretación propia de determinado acontecimiento (Le Breton, 1998) es una interpretación asociada a las formas “normales” de relacionamiento socioespacial y las expectativas que desde allí se generan para quienes allí se relacionan; el miedo es la traducción personal de aquella situación, de alguna mirada, es la “definición sensible del acontecimiento tal como lo vive el individuo, la traducción existencial inmediata e íntima de un valor confrontado con el mundo.” (Le Breton, 1998, p.109), pero no es una emanación singular, es la “consecuencia íntima, en primera persona, de un aprendizaje social” (1998, p.109). En esta medida, cada una de las historias sobre las sensaciones, nos remiten a historias previas, a aprendizajes propios de las experiencias como mujeres lesbianas.

El relato de Diana en el que nombra el miedo a la violación, que sabemos que nos puede pasar porque somos lesbianas, por ende leídas primeramente como mujeres; o a ser golpeada por nombrarse públicamente como lesbiana, es su definición sensible de las consecuencias de alterar las normas sociales, así se siente salirse de lo común. Y así se siente porque aprendió lo normal, porque aprendió de las experiencias de violación y violencia física que han recibido otras mujeres lesbianas, a quienes se las “corrige” a través de la violencia que “comúnmente” recae en su mayoría sobre las mujeres, la sexual. De esa manera, Diana hace explícito en una frase el aprendizaje social de la heterosexualidad, a través de su definición sensible: la apropiación y acceso al cuerpo de las mujeres a través de la fuerza, la “corrección” de las desviaciones en la orientación del deseo “normal”. Violencia que tiene un carácter sistemático, y que se justifica con estereotipos asociados a las lesbianas: “son así porque no se pueden levantar un hombre” o “porque no han probado macho” y por eso “no sabemos lo que es bueno”.

A pesar de que hemos encontrado en el miedo, la mejor definición frente a lo que sentimos, es importante tener en cuenta la salvedad que Ahmed (2015) hace de esto que se siente, “quiero sugerir que el miedo se siente de manera distinta en diferentes cuerpos, en el sentido de que hay una relación con el espacio y la movilidad en juego en la organización diferencial del miedo mismo.” (2015, p.114). Esta salvedad es importante pues entra en diálogo directo con lo interseccional, pues incluso compartir el hecho de ser lesbiana no agota la experiencia espacial de cada una de nosotras; la experiencia pasa por la relación con la clase, también aquellas mujeres lesbianas racializadas tienen experiencias particulares, a la vez que para aquellas de otras regiones del país, como sucede con Alejandra, para quien vivir en Bogotá ha sido la posibilidad de no esconderse, de actuar como se siente más cómoda, y de no sentir miedo.

Estas normas sentidas van teniendo efectos no sólo en las rutas o los mapas mentales (England y Simon, 2010) que elaboramos para relacionarnos con espacios que puedan resultarnos más amables o seguros, sino que empezamos a restringir nuestra movilidad

para “evitar el objeto de miedo” (Ahmed, 2015, p.115). Si bien, durante las entrevistas no se realizaron ejercicios cartográficos o de representación gráfica sobre recorridos o rutas, que nos permitieran ver gráficamente la distribución general en un mapa de la ciudad, es posible encontrar que esta designación o elección de zonas seguras o inseguras, sean así elaboradas de manera temporal, permanente, o dependiente de si se está o no en grupo, o de otras características que definan cada una de las mujeres; se encuentra fuertemente influida por las emociones suscitadas en algún momento o situación. Es decir, para este caso, el miedo como un factor fundamental en la elaboración de mapas y, necesariamente, de relaciones en y con la ciudad.

Otro elemento, que surge a partir del análisis de la emociones y la manera como se dibuja la ciudad para cada una de nosotras, es aquel que se refiere a la restricción en la movilidad como producto de la sensación. Sara Ahmed (2015) afirma que cuando “hay miedo, el mundo presiona contra el cuerpo; el cuerpo se encoge y retira del mundo con el deseo de evitar el objeto de miedo. El miedo involucra el encogimiento del cuerpo; restringe la movilidad del cuerpo precisamente desde el momento en que parece preparar al cuerpo para la huida.” (2015, p.115). Un encogimiento que traducimos en elección de lugares para tomar una cerveza, para ir a bailar, para reunirnos, para caminar, y demás restricciones que limitan, de alguna manera, la apropiación de la ciudad.

Efectivamente, la elección de uno u otro lugar por distintos motivos es un asunto generalizado, y pasa por filtros que cada una de las personas tiene: precio, ubicación, música, iluminación, compañía, hora del día, zona de la ciudad, entre otros. El objetivo en esta ocasión, se centra en aquel filtro mediado por la coerción, por el ejercicio de violencias o de acoso contra una mujer, por el hecho de ser mujer, y por su elección de relacionarse erótico-afectivamente con otras mujeres, por aquel ejercicio dominante e impositivo de la norma hetero en espacios más amplios de contacto con otras personas.

Sin embargo, el encogimiento no es un asunto de elección individual, aquel encogimiento mediado por el miedo y la restricción en la movilidad funcionan para restar espacio a unas y ampliar el espacio de los otros, para que determinados cuerpos tengan mayor movilidad y expansión (Ahmed, 2015). “De esta manera, las emociones funcionan para alinear el espacio corporal con el espacio social.” (2015, p.115), contener los cuerpos para que ocupen menos espacio del heterosexual, para que se noten menos, para que al esconderse, siga operando la generalidad de la heterosexualidad, y la perduración de la norma; para que los cuerpos avalados por la heterosexualidad estén alineados con este mismo espacio heterosexualizado, y que no se generen cortos circuitos en el sistema.

Así, como afirma Ahmed (2015) el miedo “funciona para permitir que algunos cuerpos habiten y se muevan en el espacio público mediante la restricción de la movilidad de otros cuerpos a espacios que están acotados o contenidos. Los espacios extienden la movilidad de ciertos cuerpos; su libertad para moverse moldea la superficie de los espacios, mientras que estos emergen como tales a través de la movilidad de dichos cuerpos. Lo que permite que los espacios se vuelvan territorios, reivindicados como derechos por algunos cuerpos y no otros, es la regulación de los cuerpos en el espacio mediante la distribución desigual del miedo.” (2015, p.117)

Seguimos así encontrando correspondencias y pocas arbitrariedades en el mantenimiento de un orden; es decir, tanto el miedo, como la elección de rutas, de espacios, tienen la función de mantener el orden. Aunque estas decisiones también

tengan lugar en el cuidado, y en la protección de nosotras, vale la pena encontrar y también imaginar posibilidades de sobrevivencia

Por otro lado, esa definición sensible responde a unas normas colectivas, a unas "orientaciones de comportamiento" (Le Breton, 1998, p.108) que obedecen a un "repertorio de sentimientos y conductas" (1998, p.118), que dirigen lo que se siente y cómo se siente teniendo en cuenta una situación precisa. Una serie de códigos comunes que permiten que esta sensación descrita por Alejandra, Diana, Catalina y Natalia sea entendida por quien la lee o la escucha, porque es una sensación aprendida dentro de un entramado cultural común, una sensación que es "identificable dentro de un mismo grupo porque competen a una simbólica social" (1998, p.108).

Así, más allá de un hecho biológico, nombrar el miedo a partir del relato de las experiencias, permite reconocer la "singularidad del estado afectivo" (1998, p.142), otorgada gracias a un conjunto de significados que le dan sentido; es decir la emoción muta, "no es una sustancia, una entidad descriptible, un estado coagulado e inmutable que puede encontrarse en la misma forma y las mismas circunstancias en la unidad de la especie humana." (1998, p.189). La emoción no es estática, y el relato de experiencias hace que encontremos las particularidades que la conforman.

*Creo que también el hecho de la posición política donde uno se ubique, le va a dar, o sea no necesariamente depende de la edad; Erika lo ha dicho, "yo nunca he asumido una posición de transgresión" ¿no? Sí, o sea también, sí pasa por los temores, por la edad, claro, pero también pasa por su posición, la que ella ha asumido frente a su sexualidad y sus cosas. **Adriana.***

*Es también una decisión muy política, saber y sentir y aceptar y asumir cómo quieres llevar tu cuerpo en el espacio público, y cómo quieres portarlo, cómo comportarlo, cómo quieres ser, en el espacio público (...) **Susan H.***

El lugar político que cada una tiene, está en relación directa con la manera como se llevan las emociones, o la manera como se siente. El lugar político como el que tiene quien se reconoce como lesbiana feminista, o lesbiana política, o quien tiene alguna afinidad con el feminismo, cambia la posición frente a la sensación, permite entender ese entramado cultural y normativo que la está justificando. El lugar político permite también nombrar la sensación, utilizarla como un insumo para conformar grupos, se la utiliza ya que resulta a todas identificable, esa sensación hace parte de la simbólica social y es común a todas, tan común que les permite hacerse fuertes, transformarla

*Yo siento que esa vez se sembró el como el germen de la rabia en mí, o sea pues bueno de esa rabia lésbica más bien, [...] Cómo así que no puedo estar con mi novia en la calle porque le pegan (...) **Susan H.***

*La visibilidad lésbica parte mucho de la rabia y de llamar la atención [...] yo siento que hay que activar rabias absurdas porque las mierdas que han pasado con las mujeres en este planeta han sido muy fuertes pero uno no se puede quedar desde la rabia, o al menos esa es mi postura, uno no se puede quedar desde la rabia si al menos no la sanas en ti, es decir, si esa rabia no está hiriendo cada vez más a ti y sólo puedes salir a la calle o totalmente atemorizada o totalmente llena de rabia (...) **Susan H.***

El miedo tampoco es estático, a veces viene acompañado de rabia, algunas veces se intensifica y otras veces es posible no sentirlo. La rabia que menciona Susan, es “un mosaico de momentos, atravesado de ambigüedades, de clarososcuros, de autocontrol o relajamiento, etcétera.” (Le Breton, 1998, p.190), cuando ella nombra la activación de la rabia para evidenciar lo que sucede con las mujeres, es la posibilidad de cambiar o disminuir la sensación y su relación con el momento de la vida. En este caso, la rabia como una forma de respuesta a la manera como está operando la heterosexualidad en el espacio público.

Es importante mencionar que las emociones en este tipo de situaciones de agresión o rechazo surgen en ambas vías, y también se las utiliza como parte de un discurso que busca ubicar determinadas emociones en un grupo en particular, sea para estigmatizar, manchar, o rechazar. Es el caso de la vergüenza y el dolor, son emociones que marcan y que a la vez pueden “moldear los mundos como cuerpos” (Ahmed, 2015, p.43); por ejemplo, la manera como se instalan discursos homofóbicos a través del dolor, o la vergüenza: “duele que nuestros niños tengan que ver este tipo de cosas”, o “qué vergüenza un país o una ciudad donde hay este tipo de personas o marchas”.

Un discurso sobre el dolor que transforma a los otros en “los odiados” (2004, p.79), aquellos que por su cercanía arrebatan el espacio, que aprovechan negativamente de las normas que les han cedido; de manera que este odio se va implantando y viralizando en los imaginarios colectivos y se siente que se debe odiar a aquellos que se apropian abusivamente de los espacios en los que están y de la manera como están. De modo que esos otros, esas otras, deben ser expulsadas y alejadas. Indagar por esta manera de vínculo, a través del odio, resulta importante en la medida en que es una “manera de cuestionar, en vez de asumir, la relación entre violencia e identidad.” (2004, p.101).

Vale la pena hacer también un ejercicio de rastreo del odio, que en alguna medida este escrito ha procurado, y la manera en que este ha moldeado la vida de algunas mujeres lesbianas que viven en Bogotá (Ahmed, 2015), y la manera como se ha moldeado también desde allí nuestra relación con determinados espacios. Es ahí donde se encuentra una vía de construcción de un presente que no desdibuje las historias de odio, pero en el que nuestra experiencia no se construya exclusivamente desde allí.

De este modo, las emociones se entrevén en distintas espacialidades, no sólo son exclusivas de los cuerpos, sino que hacen parte de la construcción de los espacios y la relación que establecen los sujetos con ellas; juegan con las escalas, desde el cuerpo, hasta la ciudad, o el país. Ver esta alternativa de moldear el mundo, nos extiende la posibilidad de instalar a través de la emoción, nuevas formas de construir ciudad.

Por otro lado, el miedo, la rabia, el dolor, y el significado que se les otorga, trazan un camino, un movimiento en las emociones que inicia sintiéndolas, pasa luego por la comprensión de significados, luego por su reelaboración, y resultando en apropiaciones colectivas del espacio público, cambios de actitud, enfrentamientos, y hasta tesis. Incluso, son movimientos emocionales que resultan en la posibilidad de activar o “reactivar”, como menciona Susan, emociones previas porque el momento, o el contexto así lo ameritan.

Teniendo en cuenta la forma particular de interpretación de las sensaciones, ligada a un entramado cultural que les permite significación, es importante mencionar que tienen efectos en el cuerpo. No se puede negar que el corazón se acelera, que la sudoración aumenta, que el estado de alerta se activa, que la respiración se vuelve más rápida,

síntomas que podrían ubicar a algunas sensaciones en lo meramente reactivo o natural, como una reacción instintiva. Más allá de eso, hacen parte de una adquisición, un aprendizaje de la manera como se debe sentir determinada emoción, el cuerpo no funciona como una víctima pasiva; acá el “corazón” y la “razón”, el sentir y el pensar no se encuentran separados, encuentran en la sensación la comprensión de la “normalidad” (hetero) de las relaciones socioespaciales, pasando también por la carne.

A este respecto, Le Breton pone un ejemplo que explica muy bien este punto: “En Bali, M. [Margaret] Mead identifica una asociación entre el miedo y el dormir que también aquí ilustra de manera nítida el enraizamiento de las emoción en la cultura. Cuando los balineses están asustados se van a dormir. Por lo demás, esta conducta se denomina expresamente *takoet poeles* (asustado dormido). Un día, M. Mead despacha a sus ayudantes en ómnibus para que lleven los utensilios de cocina a una vivienda a la que debe trasladarse. Cuando más tarde llega al lugar en compañía de Bateson, los descubre adormilados. Habían olvidado el paquete en el ómnibus y, asustados por la reacción que imaginaban en la etnóloga, se habían dormido. El miedo es un sentimiento controlado por el sueño.” (Le Breton, 1998, p.144).

De esta manera, encontramos en las emociones más evidencias del funcionamiento de la heterosexualidad, más allá de normas externas e ideales, una evidencia que podemos encontrar en “las emociones que moldean los cuerpo y los mundos” (Ahmed, 2015, p. 225). Un hallazgo que pone en evidencia que “las (hetero) normas son investimentos que pueden ser “asumidos” o “internalizados” por los sujetos.” (2015, 225).

3.3. Paranoia

La pregunta por la paranoia ha sido una constante en todo el ejercicio reflexivo, desde el momento en que pensaba sobre las primeras sensaciones que tenía frente a algún incómodo encuentro, hasta el día de entrega de este escrito. Es una pregunta permanente cuya respuesta a veces se vuelve difusa, y en frente a ella me encuentro constantemente, pero que me da la posibilidad de seguir reflexionando sobre lo que sentimos y cómo funcionamos para el régimen.

En ese primer instante varias voces corrían en círculos por mi cabeza, y tenía más preguntas que certezas. Me preguntaba si estaría empezando a tener algún delirio de persecución, si tal vez eran ideas sólo mías, si tanto pensar sobre lo mismo hacía que empezara a inventar situaciones que, en realidad, no estaban sucediendo. En fin, luego de pensar-sentir-pensar-sentir noté y entendí que ese miedo, esa incertidumbre, esa sensación de que en cualquier momento algo nos puede agredir, y que traduje en paranoia, no era solo eso, y que no sólo me pasaba a mí; y que debía pensar de manera más acertada para encontrarle una respuesta.

Así que, sobre la paranoia hay varios elementos clave que la atraviesan. En primer lugar, así como el miedo o la vergüenza, tiene mucho que ver con la restricción del espacio en términos de movilidad, y las posibilidades de relación con y en él; en segundo lugar, la paranoia deslegitima el miedo y todo lo que está detrás de él, en la medida en que lo desdibuja como un elemento clave en la decodificación del espacio social. Y en tercer lugar, posibilita el ejercicio de las violencias, les resta importancia pues instala la culpa en quien recibe la agresión.

De manera que la paranoia como respuesta particular a determinados discursos “sobre qué y quién es temible” (Ahmed, 2015, p.115) va de la mano con la restricción de la movilidad, o la restricción de espacios, en el sentido previamente mencionado sobre la alineación del espacio social y el corporal, que obedecen al régimen heterosexual y los sujetos normales que lo componen.

Esta restricción, traducida en repetición de actos registrados en las superficies del espacio social y el corporal (2004) determinan el paso de determinados cuerpos, normalizando aquella alineación antes mencionada. Así, la repetición de actos son un permanente recordatorio de que algo está haciendo “mal” para quien determinado espacio le resulta incómodo, a la vez que resultan invisibles para quien se encuentra en sincronía con aquella repetición; de tal manera, en aquellas situaciones como las relatadas por las mujeres entrevistadas en las que decidieron cambiar su despedida, o tomaron determinada ruta por sentir paranoia respondían a la lectura de historias de odio, al tiempo que estructuraban nuevas zonas de “confort”. Ahmed (2015) elabora la idea del confort como sinónimo de bienestar, satisfacción, comodidad y soltura, y la relaciona con el seguir las reglas de la heterosexualidad, así “la normatividad es cómoda para quienes pueden habitarla” (2015, p. 226) y también invisible.

De esta manera, la paranoia es estar fuera de aquel confort que proporciona habitar la norma, y por eso, se hace más visible la repetición. Habitar la norma hetero en cualquiera de sus características es estar en un lugar cómodo que muchas veces ve las reacciones o emociones de las demás como exageración, o como paranoia o como reacciones desmedidas. Un efecto más de habitar la norma, la imposibilidad de empatía o de ver otros lugares.

Por otra parte, hablar de paranoia o sentir que las reacciones están cerca de ser una profecía autocumplida, deslegitima aquella potencialidad que tiene el sentir, y es la lectura de las normas sociales en las cuales operamos, hecha cuerpo. Es continuar apostándole a la dicotomía mente-cuerpo que jerarquiza y autoriza determinadas reacciones, dependiendo a su vez de quien siente. Adicionalmente, restar importancia posibilita el ejercicio de las violencias, en la medida en que se las ve como una invención, como producto de la imaginación o de una exageración, lo cual abre el camino a futuras agresiones sin consecuencias. De modo que, deslegitimar la sensación y abrirle camino a las violencias es un riesgo muy alto.

Algo importante que arroja pensar en la paranoia es el encuentro permanente entre emociones y sensaciones, nunca alguna de ellas está sola, van de la mano y obedecen a órdenes más amplios que configuran las conductas sociales.

3.4. Las reacciones

En este apartado utilizaré algunas experiencias como ejercicio auto-etnográfico y estrategia de escritura para poner sobre la mesa mi cuerpo vivido, pero también mi cuerpo leído y comprendido desde otros lugares como lo podrían ser la naturalización de algunas relaciones de pareja y la “puesta en escena” de unos tipos específicos de relacionamiento en la calle, en Bogotá. Como afirma Cornejo (2010) “No explorar y problematizar el lugar de enunciación propio es plantearlo como un lugar vacío.”. Parto entonces de ahí, de problematizar mis sensaciones, miedo la mayoría de las veces, no

como reacción aislada, sino precisamente ligada a la organización social que es la heterosexualidad obligatoria.

Más exactamente la manera como encarno esas relaciones (y tal vez discontinuidades), y la manera cómo esto ha generado múltiples conflictos internos, conflictos conmigo misma.

Estas líneas serán dedicadas específicamente a la administración que tengo de la norma en dos momentos particulares.

Son como las 8 de la noche, nos acabamos de bajar de la estación de la 142, y estamos caminando hacia el oriente. Vamos de la mano cuando vemos que dos siluetas de unos cuerpos grandes vienen hacia nosotras, nos soltamos inmediatamente, casi que una reacción instintiva; pasa un frío por mi cuerpo, pienso “ojalá no nos hayan visto”. Las siluetas se siguen acercando y mi corazón late cada vez más rápido, no digo nada pues no quiero ser paranoica, aun así pienso en mil maneras de escapar en caso de que algo suceda: correr a la calle, gritar, golpear, cualquier cosa. Las siluetas se siguen acercando y van mostrando unas características más distinguibles, la tensión aumenta a medida que la distancia se acorta, ya vienen, menos mal no estamos de la mano, se acercan más, pasan por nuestro lado y siento que todo el cuerpo se tensa, estoy alerta frente a cualquier movimiento extraño o repentino. Cruzan al lado de nosotras y nada pasa, se quita la tensión de mi cuerpo. Son las 8 de la noche y tengo calor, no recuerdo lo que estábamos hablando mientras todo eso pasaba, en últimas, la conversación de ese momento era sólo un distractor, no importaba, queríamos mostrar que no estábamos haciendo nada diferente de hablar.

Es hora de almuerzo en el centro comercial, subimos al tercer piso a ver qué nos antoja; después de una revisión por las ofertas del lugar, decidimos que queremos un par de hamburguesas y empezamos a hacer la fila. Mientras esperamos que nos tomen la orden tenemos un pequeño acercamiento, de aquellos sospechosos para un par de amigas; cuando nos alejamos empiezo a sentir una lluvia de miradas de todas esas personas hambrientas, ya no sé si esa hambre es porque es hora de almuerzo o por el espectáculo que parece que están presenciando. ¡Qué gran incomodidad! Dejamos los acercamientos y mejor nos concentramos en la fila, pretendo que no noto las miradas, que no estoy incómoda, que no quiero devolver las miradas o preguntar sobre qué es lo que están mirando; mejor ignoramos la incomodidad y fijamos la atención en la hamburguesa que queremos pedir.

Tuve miedo de esas siluetas que iban pasando cerca a nosotras y la lluvia de miradas, miedo a que algo pasara, a que algo nos dijeran, a unas posible injurias; lo que mejor podíamos hacer era evitar las situaciones, teníamos que disimular ¿Cómo? Actuando como si fuésemos un par de amigas que caminan o que van a un centro comercial, haciendo como si solamente habláramos, alejándonos la una de la otra, pretendiendo que no estábamos violando las “buenas maneras” que un par de chicas deben tener, la una con la otra, en la calle. Foucault (1990) define las tecnologías del yo como aquellas técnicas que “permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad.” (1990, p.48). Estábamos operando sobre nuestra conducta, modificándola, por el miedo que nos da la posibilidad del ataque correctivo de la forzosa heterosexualidad; ese régimen político que es la heterosexualidad funciona como “un pequeño mecanismo penal” (Foucault, 1975),

donde se desarrollan leyes, delitos, formas de sanción e “instancias de juicio” particulares y donde se “califican y reprimen un conjunto de conductas” tales como la visibilidad de dos mujeres mostrándose afecto fuera de lo que sus leyes promulgan. De manera que se les puede sancionar, por ejemplo con la mirada, se les “coacciona por el juego de la mirada” para encauzar la conducta y corregirla, para “reducir las desviaciones” (Foucault, 1975). Son entonces esas modificaciones temporales de la conducta con propósito normalizador las que actúan como tecnologías del yo (aunque no sean plenamente racionales). Pero es esta una transformación instantánea, tal vez ¿estratégica? donde el propósito no es alcanzar un estado permanente sino lograr pasar desapercibidas, como agentes secretos que procuran distraer al enemigo. El problema se encuentra en que a nuestro enemigo lo tenemos dentro, sabemos cómo nos debemos comportar para no ser las ilegales de la norma heterosexual; estamos en un autodisciplinamiento, administramos personalmente la norma, censuramos nuestra conducta. Ahí es donde entiendo que ese miedo no es individual, son las instituciones dentro de nuestro cuerpo que nos gritan lo que debemos hacer para corregir las conductas y poder insertarnos en su régimen.

Las tecnologías del yo son las técnicas de la dominación individual, el “modo en que un individuo actúa sobre sí mismo.” (1990, p.49). El miedo es mi filtro, es la manera como pongo en palabras el poder de la norma en mí, es la manera como administro la norma, corrijo mi conducta, procuro pasar desapercibida y no generar ninguna incomodidad, así nada me va a pasar; aunque es posible que nada pase, pero siento el ataque latente, casi que como una anticipación. Actúo sobre mis conductas punibles a la luz de la heterosexualidad obligatoria, controlo y vigilo lo que sé que evidencia mi lugar al margen de la heterosexualidad y que otras personas pueden ver, que al igual que yo, han interiorizado una serie de conductas que deben o no corresponder al cuerpo que encarno, que encarnamos. Soy dócil, me someto, manipulo, transformo mi conducta en función de un “perfeccionamiento” heterosexual, se lee mi cuerpo y la mirada casi que es una manipulación encauzadora (Foucault, 1975).

Este tipo de tecnologías implican “(...) ciertas formas de aprendizaje y de modificación de los individuos, no sólo en el sentido más evidente de adquisición de ciertas habilidades, sino también en el sentido de adquisición de ciertas actitudes.” (1990, p.48) modifíco mi conducta, me da miedo no hacerlo, actúo como si fuera una amiga en una plazoleta de comidas, actúo como una persona que va caminando al lado de otra y que no se involucran más de lo que se ve. Me siento como una doble agente en el régimen de la heterosexualidad, por un lado tengo conductas que podrían considerarse punibles bajo ese lente y algunas veces las hago evidentes en la calle; y por otro, estoy en constante vigilancia y control, pues la violencia se ha mostrado explícita, así que hay veces que procuro “normalizarme” pues no estoy dispuesta a enfrentarme con esas múltiples violencias; tal vez no estoy dispuesta a ser comparada con otras “puestas en escena” en la calle, a que se me jerarquice en función de esas, o a que mis conductas sea excluidas si no están homogenizadas, tal vez a veces me niego rotundamente al poder de la norma y a lo normal “como principio de coerción.” (Foucault, 1975).

El miedo me hace doble agente, el miedo me recuerda lo peligroso que puede ser estar de ilegal en ese espacio normativo. Estamos Paula la que teme y “corrige” conductas, la que prefiere “guardar la compostura”, comportarse para no molestar el lugar cómodo de nadie y así no recibir ni miradas, ni comentarios en la calle, ni incomodidades en ningún bar, la que evita cualquier tipo de violencia, la que decide asumir muchas más conductas dentro del régimen heterosexual; pero también está Paula la que se niega a hacerlo y

quiere dejar de temer, la que decide escribir y poder librarse de esas presiones con las que se disciplina y no se permite mostrar como quisiera. En definitiva, no estamos separadas pero nos odiamos, y a pesar de eso nos hacemos caso; soy ella, y al tiempo que la critico y la quiero desechar, estoy a su servicio, a su disposición. Parece que Paula la que teme y se corrige a veces llevara la delantera, tal vez por ella se están escribiendo estas líneas.

Estábamos en un bar por la 60 con 11. La entrada era un pasillo algo angosto y al final de este había unos sofás y unas mesas con sillas; decidimos sentarnos en el sofá y pedir un par de cervezas. Entre las cervezas se acomodaban eventualmente unos besos, unas risas y la conversación, así pasamos unos minutos hasta que llegó una pareja; un hombre y una mujer por encima, tal vez, de los 30 años a tomarse algo también. Pidieron media botella de aguardiente con unos limones y agua, y se sentaron en una de las mesas que estaban frente al sofá donde nos habíamos sentado nosotras. También se daban besos de vez en cuando y nos miraban, pero nada fuera de lo corriente. Después de unos cuantos besos, y aún sin acabarse su aguardiente, se levantan de la mesa y piden que se les acomode otra. Así pasó, les acomodaron otra mesa. Acto seguido, el mesero viene a nuestra mesa, sin haber sido llamado, y nos pide que dejemos de hacer lo que estamos haciendo (básicamente lo mismo que la otra pareja) o que nos retiremos pues estamos incomodando a las personas que estaban en la mesa frente a nosotras. Con la boca tan llena de palabras que fue imposible dejarlas salir, con rabia, tristeza, ira y ganas de golpear a alguien, nos levantamos, alistamos nuestras cosas y nos vamos.

“La performatividad del género sexual no consiste en elegir de qué género seremos hoy. Performatividad es reiterar o repetir las normas mediante las cuales nos constituimos: no se trata de una fabricación radical de un sujeto sexuado genéricamente. Es una repetición obligatoria de normas anteriores que constituyen al sujeto, normas que no se pueden descartar por voluntad propia. Son normas que configuran, animan y delimitan al sujeto de género y que son también los recursos a partir de los cuales se forja la resistencia, la subversión y el desplazamiento.” (Butler, 2002, p.65) Inevitablemente estamos efectuando esa performatividad, la del género que procura una encarnación de ideales de feminidad y masculinidad que, como afirma Butler (2002), “van casi siempre ligados a la idealización de la unión heterosexual.” (2002, p.65). Al corregir nuestra conducta estamos configurando, animando y delimitando aquel sujeto que cumple el ideal de feminidad inseparable de la unión heterosexual, estamos asegurando ese lugar para la feminidad cuando nos escondemos, nos vamos del bar o modificamos nuestra conducta; procuramos que encaje allí reiterando las normas. Con esto no quiero decir que en cualquier momento nuestra voluntad logre descartar todas las normas, toda esa performatividad, o que por elección las podamos desechar a nuestro antojo, quiero decir que sabemos cuáles son las normas que debemos reiterar, sabemos levemente jugar con esa performance y de alguna manera resistir, logramos desplazarnos del ideal así el miedo nos hale a la rectificación de nuestra conducta. Lo sabemos por el poder que tiene la cita, la potencia que tiene la reiteración.

Desde los ideales de la feminidad se obliga a la reiteración, a la cita constante de la norma para poder configurarla, para estarla invocando repetidamente y así no se nos olvide “La feminidad no es, en consecuencia, el producto de una elección, sino la cita forzosa de una norma cuya compleja historicidad es inseparable de las relaciones de disciplina, regulación y castigo. En efecto, no hay “nadie” que escoja una norma de género. Al contrario, esta cita de las reglas genéricas es necesaria para que tengamos derecho a ser “alguien”, para que lleguemos a ser un posible “alguien”: en esta cita la

formación del sujeto depende de la operación previa de legitimación de las normas de género.” (Butler, 2002, p.66) Efectivamente no elegimos la cita, incluso la reiteramos y legitimamos, por eso mismo sabemos que debemos esconder lo que no le corresponde, sabemos que para que se pueda dar una normativa lectura de nuestros cuerpos y actitudes en la calle debemos citar, de otro modo no nos podrán leer y esto podría ser problemático, incluso violento; mejor nos regulamos, nos autovigilamos, filtramos la conducta “incorrecta” para que la norma no empiece a salirse de nosotras, para que podamos ser “alguien”, para ser inteligibles dentro del régimen. Nos autocensuramos.

Esta constante repetición de ideales empieza a formar patrones de la reiteración. “Puesto que las normas heterosexuales de género producen ideales inaccesibles, podemos decir que la heterosexualidad opera mediante la producción regulada de versiones hiperbólicas del “hombre” y de la “mujer”. En su mayor parte se trata de representaciones que ninguno de nosotros elige, pero con las cuales estamos obligados a negociar.” (Butler, 2002, p.73) Aunque sean inaccesibles las versiones, el régimen heterosexual nos hace caminar al mismo compás, que levantemos el pie al mismo tiempo y movamos nuestro cuerpo dentro de los patrones que codifican dicho régimen, de esta manera se asegura que sea más evidente las tránsfugas, por el evidente orden. Somos parte de ese patrón heterosexual, nos vamos de un bar o dejamos de besarnos para no equivocarnos en sus pasos; pero también otros procuran nuestro adiestramiento o marcan el compás para que no nos equivoquemos en los trazos de su patrón, nos recomiendan evitar contactos y nos recuerdan los ideales que tenemos que administrar. Así, la citabilidad de la norma desde nosotras y desde otros coreógrafos le da fuerza performativa al género y a su idealización de la unión heterosexual (2002, p.57)

Efectivamente somos tránsfugas de algunas partes del régimen heterosexual, caminando de la mano con la chica que queremos o respondiendo las injurias, pero también hacemos parte de sus requerimientos normalizando, sincronizando nuestras conductas, dejando de besarnos entre nosotras, usando una “fachada heterosexual” para evitar choques con otras personas; unas veces actuamos sobre su compás y otras veces decidimos estar a contratiempo, aunque esto implique que dañemos el patrón. Muchas veces nos convertimos en sujetos no aceptables (2002, p.66), muchas otras organizamos la fila para que no se desordene.

3.5. Lo inesperado

Cuidarse para ir al bus, salir en grupo, formar colectivos, utilizar los espacios, la escritura, las conversaciones, las risas, son todas las posibilidades que surgen para hacerle frente a las agresiones, a la incomodidad, al miedo, a la necesidad de arrullo. Nos hacemos fuertes, creamos estrategias colectivas, pensamos en nosotras y en las otras, resistimos y resignificamos. No nos quedamos quietas ni calladas.

Para fortuna nuestra y al igual que en algunas aceras de la ciudad de Bogotá, entre las grietas que se abren en los caminos rígidos de cemento florecen plantas que se resisten a desaparecer.

Así resistimos, a través de sintonías interescales que algunas veces encontramos donde menos las esperamos, como cuando en el bus, de repente, nos damos cuenta que hay más de 4 lesbianas y el espacio por ese instante es nuestro. Sintonías interescales cuando en colectivo ocupamos las marchas o hacemos marchas para y por nosotras.

Aquellas sintonías que establecemos entre y a través de nuestros cuerpos, entre nosotras, y el espacio que apropiamos.

Es el caso de las Gordas sin chaqueta que se sienten poderosas cuando caminan las 4 por la calle, todos sus cuerpos hacen la calle segura, la ocupaban toda. Se inicia la sintonía.

Yo me siento segura cuando estamos juntas. ¡Cuando salimos las 4 gordas era un poder! Ocupábamos la acera. Sentíamos un poder bonito. Diana.

El recuerdo constante del dominio espacial de la heterosexualidad, hace que se empiecen a implementar estrategias para pasar desapercibida y evitar hostigamientos. Estrategias suscitadas por la emoción, por el miedo; estrategias como la autovigilancia como parte de la regulación dentro y a través del espacio. Si bien podría pensarse que estas estrategias de ocultamiento refuerzan el espacio heterosexual, hay también otras que potencian la resistencia a la imposición de este dominio performático: (re)producir espacios, darles un nuevo sentido con nuevos actos corporales.

Aquellos actos corporales, nos permiten jugar con las posibilidades. Somos estrategas en el espacio hetero, magas y a veces, cuando se puede, expertas camaleonas; maestras en el escapismo logramos evadir, aunque de esto nos arrepintamos luego. No tiene sentido escondernos, porque eso nos invisibiliza, pero nos mimetizamos para intentar pasar a través de los filtros de la mirada hetero y pasar como eso, heterosexuales; nos reinsertamos en la norma procurando pasar como “normales”. En todo caso, ¿por qué no hacerlo?

En este sentido el cuidado entre amigas, el continuo lesbiano como una propuesta socioespacial a la que le apostamos, las coaliciones entre mujeres, son un resultado inesperado y muy potente. Salir en grupo gordo y manifestarse en la calle, apropiarse de los espacios a través del deporte, lesbianizarlos así sea temporalmente; las colectivas. Definitivamente la escritura también, pues nos reunió en torno a experiencias comunes en la calle, sensaciones compartidas y las risas tan necesarias.

Encontrar las fugas, las resistencias que nos hacen posible resignificar lo que nos generó una mala situación o una situación violenta.

Eso sí yo lo rescato totalmente, esos lugares de inseguridad, o de miedo, o de paranoia, o de lo que sea, de no sentirte completamente a gusto en los espacios, en ciertos espacios, genera complicidades muy bonitas ¿cierto? y que yo siento que son redes que hay que cuidar y que hay que potenciar, y además como que hay que enseñar. Susan H.

A mí me pasó algo acá, estando con Iris tuve un problema familiar. Para mi Iris se convirtió en la segunda familia, fue un gran apoyo en el momento que sucedió eso. Camila.

Resistimos a la calle y al régimen.

4. Conclusiones

Varios son los elementos que emergen a la hora de dar por terminado un proceso investigativo. Los aportes de la investigación en el campo teórico en el cual se desarrolla, los aportes conceptuales concretos, aquellos elementos que no se abordaron completamente o aquellos a los cuales valdría la pena dedicarle más tiempo o líneas en otra investigación asumiendo que el tema elegido no se agota en un único ejercicio investigativo; y aquellas sensaciones o emociones que deja la investigación en quien la escribe.

Tratar de leer distinto los lugares por donde siempre camino, reducir el paso y sentir cada lugar, darme cuenta que el espacio que he estado habitando no es neutro, que ninguna de las cosas que construyen los lugares están ahí sin algún sentido, que mis experiencias con otras personas en determinado lugar no hacen parte de ningún azar, fue un trabajo largo de ajuste de la mirada; todo esto hizo parte de un ejercicio de entrenamiento de la sensibilidad frente al espacio, fue un ejercicio de develación de muros de significados, de desnaturalización. De manera que, caminar por la calle y ver distinto fue la posibilidad de encontrar en la reflexividad y la deconstrucción también una alternativa metodológica.

Así mismo esta investigación tuvo la intención de partir de las voces y las experiencias de mujeres lesbianas, estas voces fueron las protagonistas sobre quienes se reconstruyeron sentidos. Ellas, junto al aporte de las geógrafas feministas al análisis espacial, entendiendo a la heterosexualidad inscrita como una ideología dominante para la construcción de los espacios, hacen evidente la confrontación entre discursos y tensiones por la construcción y participación del espacio público en la ciudad.

Las emociones hicieron parte de esta construcción de sentidos, y se establecieron como un mapa para el rastreo de la emergencia de posibilidades de estrategias, escapes y resistencias a las elaboraciones “normales” de espacios y sujetos. Si bien, las formas de intimidación fueron un foco importante, algunos relatos resaltaron unas maneras propositivas de apropiación del espacio, de negociaciones y de generación de espacios dentro de lo público donde las expresiones afectivas y de existencia misma, tuvieron posibilidad de existir; a través del fútbol, ocupar canchas, tocar tambores, construir redes, amistades, “sentirse poderosas juntas” como dijeron las Gordas sin Chaqueta, o sencillamente aprender a moverse sola en las calles.

De estas experiencias queda un gran reto y es continuar con la circulación de imágenes, de guiones que empiecen a fluir en el espacio público, que permitan generar nuevas formas de sentido, de generar estrategias que muestren nuestra incomodidad, a la vez que reaccionemos poniendo en evidencia lo ridículo de la aceptación generalizada de la norma, hacer evidentes los discursos que permiten elaborar lo anormal para lograr confrontarlos en la vida cotidiana. Encontrar cómo ellos se construyen espacialmente y la

relación que establecen los sujetos en el régimen, logrando así poner en evidencia el ejercicio de la violencia.

En el contexto de las tensiones que se están viviendo en Colombia en relación a la pugna por los derechos de las personas LGBTI, la movilización social en contra de las prerrogativas estatales para garantizar derechos, a pesar de los avances normativos y en políticas públicas como el reconocimiento de parejas del mismo sexo, permanecen los actos de discriminación, violencia y acoso. Bajo esta confrontación en el campo social, este tipo de trabajos ayudan a desnaturalizar, a mostrar las posibilidades distintas de vivir los espacios.

Por otro lado, lo lésbico como un gusto por la vida, una fuerza para las coaliciones, una fuerza que necesita apropiarse cada milímetro del espacio, que necesitamos reterritorializar. Nos convertimos en amenaza espacial para las y los heterosexuales que nos agreden, les quitamos el privilegio de la ocupación sólo con un beso entre nosotras. Temen por la desaparición de su hegemonía, y nosotras celebramos cada espacio ganado.

Otro elemento a resaltar es que el continuo lesbiano se presenta como un aporte metodológico en la medida del tiempo y el esfuerzo, y como parte de los retos de vivir distinto. El reto de desarrollar el continuo lesbiano exige un esfuerzo y trabajo consciente que desesencializa el ser o nombrarse lesbiana, y se propone deconstruir barreras y superar obstáculos. Y así, transformar esos obstáculos y barreras en oportunidades de cara a aquellas experiencias identificadas con mujeres.

Los resultados son también una experiencia, que hacen parte de las posibilidades y limitaciones que mi posicionamiento ha generado, y de aquellos elementos que no alcancé a trabajar pero que logro identificar, que a su vez hacen parte del proceso reflexivo necesario como herramienta metodológica.

Por otro lado, es importante mencionar que una entrevista o una sola reunión no fue suficiente; factor que pone el proceso de cara a la indagación por el análisis interseccional. Un análisis interseccional desde una perspectiva feminista se enriquecería de una investigación participativa desde el acompañamiento de las personas que hacen parte de la investigación, y es ahí donde la entrevista o los espacios grupales se agotan pues la información se sesga por una falta de conocimiento mutuo, y la creación de espacios de confianza. Y desde allí abrir un espacio de construcción colectiva, hacerlo real. Y que permitan la inclusión de más herramientas metodológicas.

Finalmente, lo que empezó como un ejercicio de catarsis individual, se convirtió en espacios colectivos de alegría, de recuerdos convertidos en risas, de reanimar recuerdos tristes, fue leer desde el recuerdo las situaciones y sacarlas, liberarse de ellas. Las experiencias compartidas con las otras nos unen, y nos fortalecen.

Bibliografía

Ahmed, Sara. (2015). *La política cultural de la emociones*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.

Butler, Judith. (2002). *Críticamente subversiva*. En: Mérida, Rafael (Ed.), *Sexualidades transgresoras*. Una antología de estudios queer (pp. 55 – 79). Barcelona, España: Icaria editorial.

Carrión, Fernando; Nuñez-Vega, Jorge. (2006) *La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo*. *Eure*, vol. XXXII, núm. 97, diciembre, 2006, pp. 5-16, Pontificia Universidad Católica de Chile. Chile. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609701>

Cattan, N., Vanolo, A. (2011). Homosexuality and the city: emotional geographies of clubbing in Paris and Turin. Conferencia Internacional RC21, Amsterdam, 2-9 julio.

Chirix, Emma (2014). Subjetividad y racismo: la mirada de las/los otros y sus efectos. *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*. Editoras: Yuderkys Espinosa Miñoso, Diana Gómez Correal, Karina Ochoa Muñoz – Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Cisneros, José Luis (2008). *La geografía del miedo en la ciudad de México; el caso de dos colonias de la delegación Cuauhtémoc*. *El Cotidiano*, núm. 152, noviembre-diciembre, pp. 59-72. Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco. México.

Cornejo, Giancarlo. (2010). *La guerra declarada contra el niño afeminado: Una autoetnografía "queer"* (pp. 79 - 95). Quito, Ecuador: Íconos. Revista de ciencias sociales. Num, 39, Enero 2011.

Davidson, J., Milligan, C. (2004). *Embodying Emotion Sensing Space: Introducing emotional geographies*. *Social & Cultural Geography*, 5(4), 523-532.

Duncan, Nancy. (2005). Renegotiating gender and sexuality in public and private spaces. En Nancy Duncan (Ed.), *BodySpace: destabilizing geographies of gender and sexuality*. (p. 127-144). Londres: Taylor & Francis e-brary.

England, M., Simon, S. (2010). *Scary cities: urban geographies of fear, difference and belonging*. *Social & Cultural Geography*, 11(3), 201-207.

Facebook. (Febrero de 2012). *¿Se puede ser en Bogotá?* Recuperado el 2017, de *¿Se puede ser en Bogotá?*: <https://www.facebook.com/groups/192974694137873/>

Foucault, Michel. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.

Foucault, Michel. (1975). *Disciplina*. En: *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI editores. Argentina.

Guber, Rosana. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Haraway, Donna (1995) *Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial*. En: *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra

Harding, Sandra (1987) *¿Existe un método feminista?* En: *Feminism and Methodology*. Ed. Sandra Harding. Indianapolis: Indiana University Press, 1987. [traducción de Gloria Elena Bernal].

Hubbard, Phil. (2000). *Desire/disgust: mapping the moral contours of heterosexuality*. *Progress in Human Geography*, 24(2), 191-217.

Hubbard, Phil. (2013) *Kissing is not a universal right: Sexuality, law and the scales of citizenship*. *Geoforum* 49, 224–232.

Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses. NMLCF. Grupo Centro de Referencia Nacional sobre Violencia. Base SICLICO. (2015). Bogotá, Colombia.

Kawale, R. (2004). *Inequalities of the heart: the performance of emotion work by lesbian and bisexual women in London, England*. *Social & Cultural Geography*, 5(4), 565-581.

Knopp, Lawrence. (2004) *Sexuality and urban space: A frame work of analysis*. En: *Mapping desire: geographies of sexualities*. David Bell, Gill Valentine editors. Londres: Taylor & Francis e-brary.

Lacombre, Andrea. (2009). *La arquitectura del deseo: gramáticas del espacio y socializaciones lésbicas*. Latin American Regional Editorial Board of the International Resource Network; Center for Lesbian and Gay Studies; Graduate Center, City University of New York. No 4.

Le Breton, David. 1998. *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Lindón, Alicia. (2009). *La construcción socioespacial de la ciudad: el sujeto cuerpo y el sujeto sentimiento*. CUERPOS, EMOCIONES Y SOCIEDAD, Córdoba, N°1, Año 1, p. 06-20, Dic. 2009

Lugones, María (2008). *Colonialidad y género*. Tabula Rasa. Bogotá – Colombia, No. 9: 73-101, julio-diciembre.

Luna, Enrique (2011). *Geografía de la diversidad: Chapinero (upz99) como distrito LGBT de Bogotá*. Revista Geográfica de América Central. Número Especial EGAL, 2011- Costa Rica, II Semestre 2011. pp. 1-16

Massey, Doreen. (1994). *Space, place, and gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Méndez, José; Villar, Alberto; Becerril, Teresa. (2009). *Un acercamiento al sentimiento del miedo y su incidencia en la reconfiguración de los espacios sociales*. Urbano, vol. 12,

núm. 19, mayo, 2009, pp. 79-92, Universidad del Bío Bío. Chile. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19811644010>

McDowell, Linda. (2000). *Género, identidad y lugar: Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Morrison, Carey-Ann, Johnston, Lynda, y Longhurst, Robyn (2012). *Critical geographies of love as spatial, relational and political*. Progress in Human Geography 37(4)

Munt, S. (2004). The Lesbian Flâneur. En David Bell y Gill Valentine (Eds.), *Mapping desire: geographies of sexualities*. (pp. 104-114). David Bell, Gill Valentine editors. Londres: Taylor & Francis e-brary.

Ortiz Guitart, Ana. (2007). *Hacia una ciudad no sexista: Algunas reflexiones a partir de la geografía humana feminista para la planeación del espacio urbano*. Territorios, No. 16-17. pp. 11-28.

Ortiz Guitart, Ana. (2012). *Cuerpo, emociones y lugar: aproximaciones teóricas y metodológicas desde la geografía*. GEOGRAPHICALIA, 62, 115-131.

Parker, S., Anacker, K. (2013). *What sexuality is this place? Building a framework for evaluating sexualized space: the case of Kansas City, Missouri*. Journal of Urban Affairs, 35(2), 173-193.

Preciado, Beatriz (2008). Cartografías queer: El flâneur perverso, la lesbiana topofóbica y la puta multicartográfica, o cómo hacer una cartografía “zorra” con Annie Sprinkle. En Cortés, J.M.G. [dir]: *Cartografías Disidentes*, Madrid: SEACEX

Ramírez, Fernando. (2014). De cruising por Chapinero: gubernamentalidad, consumo y transgresión en tres lugares de encuentros sexuales entre hombres en Bogotá. *Trabajo de grado para optar al título de Magister en Estudios Culturales*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Rich, Adrienne. (1999). La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana. En: *Sexualidad, género y roles sexuales*. Navarro, Marysa y Stimpson, Catharine, compiladoras. Fondo de cultura económica.

SECRETARÍA DISTRITAL DE LA MUJER. (2014). Diagnósticos Locales de Seguridad y Convivencia para las Mujeres - Bogotá.

Secretaría Distrital de Planeación. (2013). Reloj de Población. Bogotá.

Soto Villagrán, Paula (2012). *El miedo de las mujeres a la violencia en la ciudad de México. Una cuestión de justicia espacial*. Revista INVI, vol. 27, núm. 75, agosto, 2012, pp. 145-169. Universidad de Chile. Santiago, Chile. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=25825163005>

Valentine, G. (1989). *The geography of women's fear*. Area, 21(4), 385-390.

Valentine, G. (1993). *Negotiating and managing multiple Sexual identities: lesbian time-space strategies*. Transactions of the Institute of British Geographers, New Series, 18(2), 237-248.

Valentine, G. (1994). *Toward a geography of the lesbian community*. Women & Environments. Vol. 14, 1

Valentine, G. (2005). (Re)Negotiating the "heterosexual street". Lesbian productions of space. En: Duncan, Nancy (Ed.), *BodySpace: destabilizing geographies of gender and sexuality*. (pp. 145-154). Londres: Taylor & Francis e-brary.

Valentine, G. (2008). *Introduction: from nowhere to everywhere: lesbian geographies*. Journal of Lesbian Studies, 4(1), 1-9.

Valentine, G. (2010). *Prejudice: rethinking geographies of oppression*. Social & Cultural Geography, 11(6), 237-248.

Wittig, Monique (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona. Egales.